# Mamá Colibrí

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

ENRIQUE BATAILLE

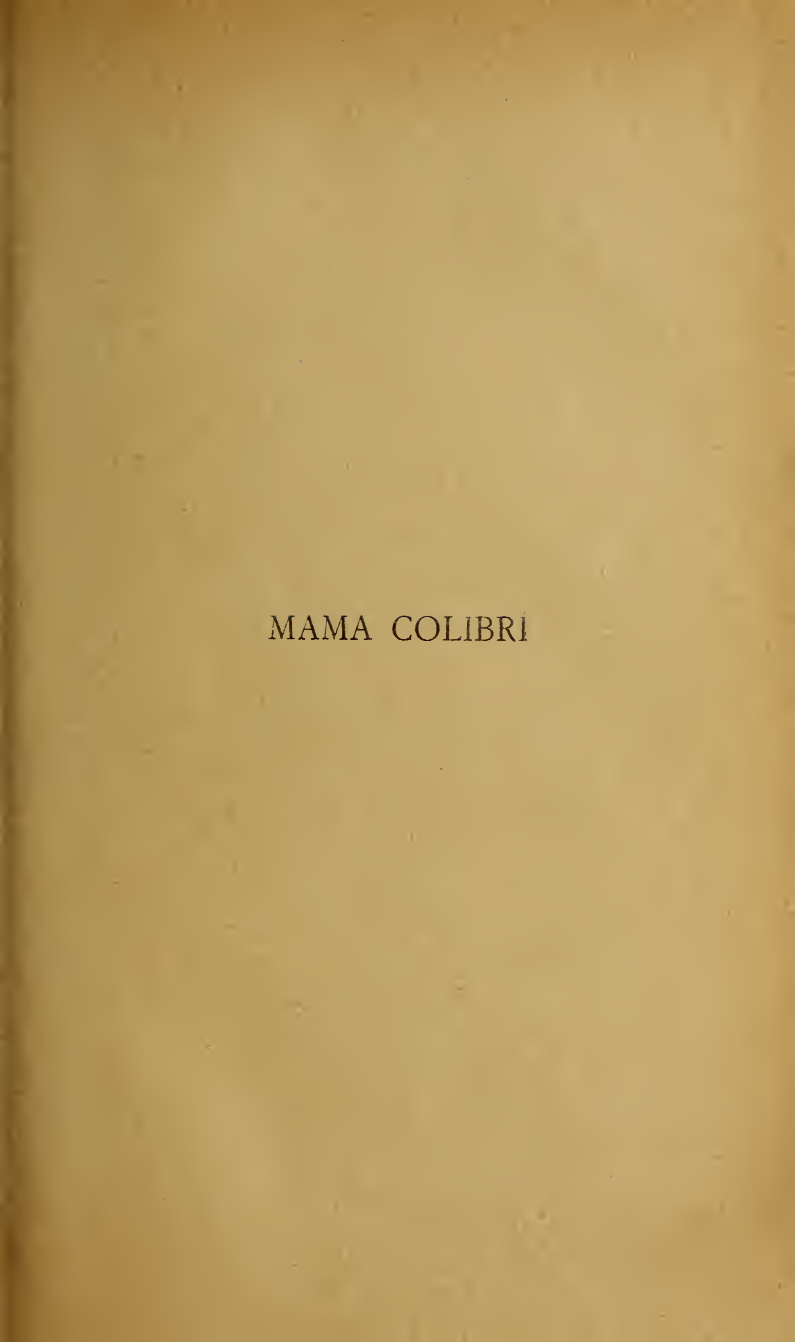
TRADUCIDA POR

C. PALENCIA Y TUBAU y J. PALENCIA Y TUBAU



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
**Núñez de Balboa, 12**

1907



# MAMA COLIBRÍ

# MAMÁ COLIBRÍ

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

ENRIQUE BATAILLE

TRADUCIDO POR

C. PALENCIA Y TUBAU y J. PALENCIA Y TUBAU

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona, por la compañía de María A. Tubau

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1907

# REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| BARONESA IRENE DE RYSBERGUE | Sra. | Tubau. |
| SEÑORA LEDOUX | | Estrada. |
| COLETTE VILLEDIEN | Srta. | Iñiguez. |
| MISS DEACÓN | | Carbone (A.) |
| MAGDALENA CHADEAUX | | Carbone (M.) |
| SEÑORA CHADEAUX | Sra. | Martínez. |
| MARQUESA DE SAINT-PUY | | Valls. |
| LUISA | | Fernández. |
| JENNY | | Torrente. |
| LA NODRIZA | | N. N. |
| BARÓN RYSBERGUE | Sr. | Amato. |
| RICARDO RYSBERGUE | | García Ortega. |
| VIZCONDE JORGE DE CHAMBRY | | Reig. |
| LIGUIERES | | Torrecilla. |
| SOUBRIAN (padre) | | Prado. |
| LUIS SOUBRIAN (hijo) | | Vehils. |
| PABLO DE RYSBERGUE | | Agudín. |
| FRANCISCO | | N. N. |
| UN CRIADO | | N. N. |



# ACTO PRIMERO

En un Hotel de la Avenida Friedland. Un «fumoir» grande que comunica con un gran salón. Está amueblado con refinado gusto. Las paredes están decoradas con telas de la India desde el techo al suelo, pero sin caer en lo exagerado y cursi. El piano está cubierto con una riquísima tela asiática que llega hasta el suelo. La puerta que comunica con el salón y que está cerrada al levantarse el telón, es toda de cristales Tiffanij opalinos, ni muy claros ni muy obscuros, y en medio de todo este lujo como estigma brutal de la gente de negocios, el teléfono en un rincón del piano Una mesa con papeles, periódicos, etc., etc. Luz suave y difusa; cuatro jóvenes y un caballero como de unos cincuenta años, hablan y fuman.

## ESCENA PRIMERA

RICARDO, PABLO, LIGUIERES, SEÑOR SOUBRIAN y LUIS

RIC. Ustedes dirán lo que quieran, pero todavía está muy aceptable.

LUIS Fruta pasada.

RIC. Si acaso, fruta verde.

LIG. ¡Y tan verde!

RIC. No me negarás que en Montecarlo y en Aix, llamaba la atención.

LUIS Sí; lo recuerdo perfectamente; *llamábais la atención*; pero de entonces acá han pasado dos años...

LIG. Que decida el señor Soubrian; sea usted nuestro juez.

SOU. Tendría que condenarles á ustedes; prefiero inhibirme y volverme con las señoras. ¿Te quedas tú? (A su hijo.)

LUIS Sí; un rato.

RIC. Confiese usted al menos que es muy guapa.

SOU. Guapísima; una belleza de primer orden. ¡Ah, juventud! ¡juventud! (Abre la puerta que comunica con el salón y se ve éste muy iluminado y lleno de señoras. Cierra tras sí.)

## ESCENA II

DICHOS, menos SOUBRIAN

RIC. Sería más noble que confesaras que estás celoso.

LUIS ¿Yo? Vive tranquilo, que no pienso disputártela.

RIC. ¿Chartreuse? ¿Curaçao? ¿Pierre? (Sirviendo licores.)

LUIS A mí dame Serey.

RIC. No le hay.

LUIS ¡Vaya un arreglo de casa! No tener Serey para los amigos. Bien podía tu madre ocuparse de estas cosas.

RIC. ¿Mamá ocuparse de...? No interviene ni en las comidas.

LUIS ¿Pues quién se ocupa de ello? Supongo que no será tu padre quien por teléfono y desde su despacho dé las órdenes consiguientes.

RIC. El cocinero tiene amplias facultades. Y respecto al régimen interior de la casa, como a mí me sobra tiempo para todo..

LUIS ¡Ya! pero el día que tú te cases...

RIC. Que está muy lejano aún...

LUIS ¿Quién se encargará de las riendas del gobierno?

RIC. ¿Crees que Pablo, mi querido Benjamín, no me sustituirá ventajosamente?

LUIS Sin duda. Por de pronto, el negociado de

las doncellas se lo reserva para sí. Ayer le sorprendí retozando con Luisa en el recibimiento.

PABLO Dí que no es verdad.

LUIS ¡Ah! ¡cínico! ¿lo niegas?

RIC. Y yo le creo, porque mi Benjamín, aquí donde le veis, ¡pica más alto! Anda tras una casadita.

PABLO Sí; tras la confitera de ahí enfrente; eso crees tú, pero no hay tal cosa.

RIC. ¿Que no?

LUIS ¡Hipócrita!... ¡y se pone colorado y todo!... ¿esas tenemos? ¡á los dieciocho años!

PABLO ¿Y qué? otros han empezado á los dieciséis. ¿Miento, Liguieres?

LIG. Hablas como un libro.

RIC. ¿De modo que la viudita en cuya tienda de papel y objetos de dibujo nos proveíamos todos los colegiales...?

LIG. Dura todavía. Empecé cuando estudiaba retórica; la dejé cuando pasé á filosofía, y volví á tomarla cuando entré en Acetileno—clases nocturnas,—pero os advierto, que no es una mujer vulgar; tiene ideas propias, originales, modernistas.

RIC. Será todo lo modernista que quieras, pero sus costumbres son muy antiguas. Recuerdo que cuando la compraba cuadernos de dibujo, siempre me llevaba diez céntimos de más.

LIG. Alguien tenía que pagar los míos.

RIC. Eso me convence.

LIG. Yo no digo que mi viudita sea el *desideratum*; por ejemplo: la noche que enciende el mechero *Auer* en la tienda me aburro soberanamente... pero, en fin, la prefiero á otro género de aventuras.

LUIS Cuestión de gustos, amigo Liguieres; yo estoy por las salsas picantes; todas las demás me saben á criadas.

PABLO Porque tienes el paladar estragado.

RIC. ¿Y tu poupé?

LUIS Como siempre, haciendo furor; es la perla del «Olimpia». ¿No la has visto en la últi-

ma revista que ha estrenado? ¡está colosal! Hasta *El Fígaro* se ha ocupado de ella.

LIG. ¿A cuánto la línea?

LUIS A mí por lo menos me ha salido gratis.

LIG. ¡Quién sabe!

LUIS ¡Hombre!

RIC. ¡Já, já!.. Oye Pablo, ¿sabes si vendrá Jorge?

PABLO No sé; no me ha dicho nada.

LIG. ¿Qué Jorge? ¡Ah, sí, tu inseparable! ¡el gran Chambry!

RIC. Os advierto que es mi mejor, mi íntimo amigo... con que...

LUIS Sí, ya lo sabemos, y le envidiamos.

RIC. Gracias.

LUIS Estoy hace un rato queriendo preguntarte una cosa... y... no me atrevo...

RIC. ¿Qué?

LUIS Papá me ha asegurado que estás en relaciones...—en relaciones honestas por supuesto—con la señorita Chadeaux.

RIC. ¿Y qué más?

LUIS Que he procurado cerciorarme mientras comíamos.

RIC. ¿Sí?... ¿yo?...

LUIS Y, en efecto, si estais en relaciones, lo disimulais muy bien. Esperaba sorprenderos en el salón, pero nada, te has venido á fumar aquí, sin demostrar la menor impaciencia.

RIC. Como que lo hago adrede.

LUIS ¡Ya!

RIC. Precisamente esta noche, que está aquí su mamá, quiero hacer ver á todo el mundo que no existen ni han existido semejantes relaciones. Tengo veintidós años, estoy asociado con mi padre, gozo de completa independencia, y no me gusta que nadie fiscalice mis actos, ni mis inclinaciones, y mucho menos la mamá Chadeaux.

CRIADO (Entrando por la izquierda.) Acaban de traer esto para el señorito, encargándome que se lo entregara en seguida.

RIC. (Cogiendo el paquete.) ¿Han traído también la cuenta?

CRIADO No, señor. (Vase.)

RIC. Mirad.

LIG. ¡Precioso!

LUIS ¿Qué es?

RIC. Un colgante de perlas y esmeraldas.

LUIS ¡Ah, ya! ¿y lo negabas? el regalo de boda.

RIC. No; de exboda; de ruptura.

LIG. ¿Tan pronto?

LUIS ¿Licencias á Margot?

RIC. Sí; trato de romper con ella lo más amigablemente posible. Ayer nos peleamos; llegó á amenazarme con el vitriolo.

LUIS Y para calmarla...

RIC. Fijaos; he mandado grabar dos fechas: la de la primera, y la de la última entrevista.

LIG. ¿Mayo? ¡Y estamos en Abril!

RIC. Es un anticipo. Mi padre me ha prometido darme veinte mil francos para saldar esta... cuenta.

LIG. ¡Qué felicidad! ¡tener un padre tan complaciente! ¡veinte mil francos! ¡Qué mejoras haría yo en la tienda de mi viudita con semejante suma!

LUIS Hombre, Ricardo, explícame por qué dices «mi padre» al hablar de el autor de tus días, y en cambio cuando te refieres á tu madre, siempre dices «mamá»... Los bebés que dicen «mamá», dicen también «papá».

RIC. «Papá» resulta poco serio al hablar de mi padre... y «madre» resulta todo lo contrario al hablar de mamá. ¡Ya les conocéis á los dos! ¡Tienen un carácter tan distinto! Pablo y yo hemos bautizado á mamá este verano en Trouville con un cariñoso apodo... Nos daba cierta vergüenza el llamar «mamá» delante de gente á esa chiquilla de treinta nueve años, atolondrada, ligera, loca, alegre y viva como un pájaro.

LUIS ¿Y cómo la habéis puesto?

RIC. Colibrí. «Mamá Colibrí.»

LUIS No está mal.

RIC. Se le ocurrió á Pablo jugando al *tennis;* decía que mamá, á través de la red, le parecía un colibrí saltando en su jaula.

LIG. ¡Oh!

RIC. Pablo tiene ciertas tendencias poéticas que empiezan á alarmarme.

LUIS Mira, abre la ventana; esto se ha puesto imposible de humo.

LIG. No seas damisela; á mí me resulta una mezcla muy agradable, unido al olor peculiar de la casa.

RIC. Oye, oye, ¿qué es eso de peculiar? ¿Acaso mi casa tiene algún olor definido?

LIG. Y tan penetrante, que á veces se percibe desde la calle. Tú, como estás acostumbrado, no lo notas, pero los que venimos de fuera...

RIC. Claro, las esencias de mamá; Chipre, claveles blancos, heno fresco...

LIG. No; no es eso; es otro perfume especial... Ah... vamos, no sé explicarlo. Sucede en tu casa, lo que en la calle con las mujeres que van muy perfumadas.

RIC. ¿Que se huye de ellas?

LIG. Pero se las desea. (Suena el timbre del teléfono.)

RIC. (Descolgando el auricular.) Central.—Comunicación ¿con quién?—¡Ah!... ¿pidiendo detalles? —Telefonee usted á nuestro despacho mañana; calle de Jeaihbout... ¿Qué?... ¡Ah!.. ¿Es usted, señor Crouzet?... Sí; ya estoy enterado... (Volviéndose á los otros.) ¿Queréis hacerme el favor de callar? porque no entienuna palabra y se trata de un asunto muy serio. (Volviendo á coger el auricular.) Pablo, padre está arriba, ¿no es verdad?

PABLO Sí.

RIC. (Continuando.) Sí, está muy ocupado. Sale mañana para Viena... Sí... sí... siempre de viaje... Se trata de un negocio de importancia. Aspiramos á obtener la concesión de todos los tranvías eléctricos, modelo San Quintín, exclusivo de la casa. ¿Eh?... Creo que llega usted tarde. Las nueve mil acciones están ya subscriptas... pero de la nueva emisión se ha reservado cierto número á...—¿Os queréis callar, si ó no?...—á la Hispano-Belga... ¿Qué? ¿Que desea usted más detalles? ¿Antes de que se marche mi padre? Espere us-

ted un momento. (A Pablo.) Pablo, pregunta á padre si puede recibir mañana por la mañana al señor Crouzet. (Otra vez al teléfono.) Sí; tenemos algunos convidados. Oye usted el ruido, ¿verdad? Está bien, muchas gracias. No; mamá no piensa ir este año á Cannes.

PABLO (Hablando por un tubo acústico colocado á la izquierda.) Ricardo pregunta, si puedes recibir mañana por la mañana al señor Crouzet. ¿A las diez? (Dejando de hablar.) Que le espera á las diez.

RIC. (Al teléfono.) Sí, señor; le espera á usted mañana á las diez... Sí... Sí... perfectamente... Buenas noches... (Dejando el auricular.) ¡Ea! ya podéis alborotar á vuestro gusto.

LUIS Muchas gracias. (Durante la anterior conversación, Liguieres ha estado tocando muy bajito alguna piececilla del Café-Concert.)

PABLO Padre me ha dicho que bajará en seguida.

LUIS (Que estaba leyendo un periódico.) Oye; ¿qué significa este artículo de *Le Journal*, marcado con lápiz azul?

RIC. Es de ese canalluela de Chimene, á quien embargamos el otro día... Voy á tener que romperle la cabeza. Mañana pienso exigirle una completa rectificación...

LUIS No vale la pena de que molestes á dos amigos, por asunto tan baladí.

RIC. ¿Baladí, tratándose del honor y el buen nombre de mi casa? En ciertas materias soy intransigente...

LUIS Sin embargo...

RIC. Lo dicho; no admito discusión sobre ese punto... cada cual tiene sus creencias...

LUIS Te advierto que cuando se tienen muchas creencias, es como no tener ninguna...

RIC. Pues te advierto que esas teorías...

LUIS Ea, no riñamos... que tú tiras muy bien las armas, y además, simpre me honraré siendo tu amigo. Y á propósito: ¿sabes dónde está mi padre en este momento?

RIC. En el salón.

LUIS No, señor; arriba con tu padre, proponién-

dole un gran negocio... la comandita en *El Gran Radical.*

RIC. ¿Qué?... ¿en ese papelucho?

LUIS Ese papelucho tira ya cincuenta mil números.

RIC. ¿Y qué?... Además, sus ideas políticas no son las nuestras... Nosotros somos orleanistas... y lo que me extraña es que tu padre, que al parecer también lo era, se descuelgue ahora...

LUIS ¡Oh!... ¡papá!... ¡papá... es republicano, realista ó anarquista, según los sitios que frecuenta, ó los negocios de que trata! (La puerta se abre violentamente y aparece Irene cerrando tras sí.)

## ESCENA III

LOS MISMOS é IRENE

IRENE ¿Pero no han acabado ustedes todavía? Si vieran ustedes cómo se maneja la tijera ahí dentro. ¡Uf, qué humo!...

RIC. A mi cigarro no le falta más que centímetro y medio. ¿Cómo está la señora Brecourt?

IRENE Quién, ¿esa momia viviente que no puede soportar el olor á tabaco, á pesar del tiempo que ha tenido para acostumbrarse?... La he suplicado dos veces que se quede un ratito más.

RIC. Déjala que se vaya.

IRENE Ganas no me faltan. Estoy pasando una noche más aburrida... La Brecourt, la Marquesa y tu futura suegra... El salón parece un reservado de señoras.

RIC. Quédate en el de fumadores.

LIG. Tiene razón Ricardo, quédese usted aquí.

IRENE No me lo digan ustedes dos veces. ¡Hola! ¿conque se regalan ustedes con cerveza?

LUIS (Galantemente y presuroso.) ¿Quiere usted probarla?

IRENE (Riendo.) ¡Ya lo creo! (Liguieres escancia cerveza en la copa que Irene le presenta.) La mitad, la mitad nada más.

RIC. (A Liguieres.) Parece una chiquilla, ¿verdad?

IRENE Como que muchas veces nos toman á Ricardo y á mí por hermanos. Figúrese usted, señor Soubrian, que la otra tarde en Armennouville, al bajar del *auto*, cogiditos del brazo así, (Cogiendo el brazo de Ricardo.) el camarero del restaurant creyó que éramos dos amantes... y nos ofreció un gabinete reservado. ¡A mí me hizo muchísima gracia, pero en cambio éste se puso furioso!

RIC. Como que fué una imprudencia del camarero.

IRENE ¡Bah!... ¡Cualquiera diría que te molesta tener una madre que parece tan joven como tú! Si no supiera que estás orgulloso de mí, creería que me tienes envidia. (Dándole un golpe cariñoso con el abanico en la cara.) ¿Ha venido Jorge?

PABLO No puede tardar.

IRENE ¿Quién tocaba el piano hace un momento? porque lo hacía bastante mal.

LUIS (Señalando á Liguieres.) Este.

IRENE No le felicito á usted.

LIG. Pues le advierto á usted que toco muy bien el vals *Bleu*. Ahora, que lo hago con un dedo.

IRENE (Cerca del piano.) ¿Quieren ustedes que les lance una indirecta á los del salón?

RIC. ¡No seas loca! (Irene se sienta al piano, rápida, ligera, deliciosa, y ataca los primeros compases del «Dies irae».)

LIG. (Bajo á Luis.) Prefiero la suegra á la nuera.

LUIS (Haciendo el mismo juego de hablar bajo.) Y yo también. Pero te advierto que mamá Colibrí es una virtud inexpugnable; no ha dado el más pequeño resbalón en toda su vida. Chaulin quiso probar fortuna y recibió unas calabazas en el Grand-Prit.

LIG. ¡Qué lástima!... ¡Qué lástima!... ¡Mira qué ojos!

LUIS ¡Y qué busto! (La van detallando detenidamente con sus miradas.) Debe tener un cuerpo divino.

RIC. (Acercándose á ellos.) ¡Qué cosas tiene mamá! ¿no es cierto?

LIG. (Sonriéndose.) Sí; precisamente eso decíamos.
RIC. (A su madre en alta voz.) Mamá, que Magdalena va á conocer que quien toca el piano eres tú.
IRENE (Levantándose.) Así comprenderá el buen gusto de la familia (Cogiendo su abanico.) ¿Qué hacen en el Hípico mañana? Veréis qué vestido voy á llevar. Es un encanto.
RIC. ¡Me alegro, porque el que llevas hoy!...
IRENE Qué, ¿no te agrada? ¿Quieres que me lo cambie? ¿Qué les parece á ustedes? ¡Hijo mío, compadezco á tu mujer!
LIG. ¡Si es una preciosidad!
IRENE A éste le gustaría de un color obscuro, con aplicaciones obscuras y con adornos obscuros. Muy serio, muy serio. ¿Verdad que te gustaría así?
RIC. No tanto.
IRENE Cállate. Lo único que me consuela, es el pensar que si en vez de hijo fueses hija, hace ya cinco años que habrías renegado de mí.
RIC. ¿Por qué?
IRENE Porque no me habrías perdonado ni mi cara, ni mis vestidos. Y ahora, ¡al reservado de señoras! ¡Ah! ¡qué idea! voy á hacer rabiar á la *Brecourt*. Pablo, dame un cigarrillo; anda, ¡date prisa! ¡No! de esos no, de los míos. Voy á entrar como si me hubiese olvidado de la consigna. ¡Verán ustedes, verán ustedes la que va á armarse ahí dentro! (Y con el cigarro en la boca, entra en el salón con la mayor naturalidad.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos IRENE

LIG. Parecéis dos hermanos que se adoran, pero que no congenian... Y esto no lo digo yo solamente, lo dice todo el mundo.
RIC. Y hasta cierto punto está justificado. Mamá se casó, cuando aún no tenía diez y siete

años, yo acabo de cumplir veinte y dos... echad la cuenta...

LIG ¡Treinta y nueve!...

LUIS Pero no representa más que treinta.

IRENE (Sacando la cabeza por la puerta entreabierta; en voz baja y con un gesto picaresco.) ¡Victoria! ¡Victoria!... Pablo, tráeme el cenicero. Toma. (Le da el cigarrillo que Pablo recoge.) Ya pueden ustedes entrar. (Se cierra la puerta.)

RIC. (A los demás.) ¿Venís? (Todos dejan los cigarrillos. A Pablo dándole en la espalda.) Pasa... (Pablo entra el primero en el salón.)

LIG. (Con las manos en los bolsillos.) ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!..

LUIS ¿Pero todavía piensas en eso?

LIG. ¡Como que me gusta mucho!... y me gustaría más decírselo.

LUIS ¡No te lo aconsejo!... Piénsalo y conténtate con eso sólo. (Liguieres entra en el salón. En el mismo momento en que Luis y Ricardo están en el dintel de la puerta, salen por la de la izquierda el señor Rysbergue y Soubrian con el abrigo al brazo y el sombrero en la mano.)

## ESCENA V

BARÓN DE RYSBERGUE, SOUBRIAN, RICARDO y LUIS

BARÓN (Llamando.) Ricardo. (Ricardo se vuelve y baja con Luis que también ha visto á su padre.) Voy al Círculo un momento con el señor Soubrian. El tren de Viena sale á las doce. Almorzaré aquí. El coche llevará mi equipaje á la estación... Ya he dado las órdenes... No faltes mañana en el despacho.

RIC. Está bien.

LUIS (A su padre.) Buenas noches, papá. (Soubrian y su hijo cambian una mirada y se separan un poco del grupo de Ricardo y Rysbergue.)

RIC. ¿Cuándo estarás de vuelta?

BARÓN Dentro de ocho días. No vendré de Viena hasta que haya firmado la escritura y tenga la prima en el bolsillo.

RIC. ¿Pero vas á salir con este abrigo? Te advierto que hace frío.

BARÓN ¿Sí?... Pues que me bajen el otro. (Ricardo ha hablado á su padre con el tono dócil y respetuoso que se emplea para dirigirse á un superior cuyas órdenes no se discuten y hace mutis.)

## ESCENA VI

SOUBRIAN y el BARÓN DE RYSBERGUE

BARÓN ¿Un cigarro para la salida?

SOU. Muchas gracias. (Enciende el cigarro.) ¡Qué vida tan atareada lleva usted, amigo Rysbergue! ¡Siempre en la brecha! ¡No, no roba usted el dinero que tiene! ¡Ni aun se concede usted el tiempo preciso, para disfrutar de este lujo!

BARÓN ¡Bah!... el lujo no le ambiciono para mí, sino para los míos.

SOU. ¡Ya!

BARÓN A mí me basta con una cama, una mesa, y una silla.

SOU. Como Napoleón.

BARÓN Exactamente. La vida elegante y fastuosa, para mi mujer y para mis hijos; esa es su diversión; la mía se cifra en el trabajo; cada cual se divierte á su modo.

SOU. ¡Es usted admirable é incansable!

BARÓN Sobre todo lo último; pero mi actividad, propia de todo hombre de negocios, no es una virtud, es una costumbre, y hasta si se quiere una reparación.

SOU. ¿Una reparación? Eso me interesa; (Sentándose.) explíquese usted.

BARON Una reparación; que los aristócratas de hoy, debemos á la actual sociedad, á cambio de la vida muelle y regalona de nuestros abuelos.

SOU. Efectivamente.

BARÓN Yo no podría, no puedo vivir encerrado en estos salones; necesito amplitud, ¡aire libre! Me aburren estas comidas y estas *soirées*, que á nada práctico conducen... En cambio,

el planear, y perseguir un negocio, hasta verle realizado; el ausentarme, como sucede ahora, para volver dentro de unos días, con medio millón más de francos que añadir á mi fortuna, á mi fortuna que, por ser mía, es la de mi mujer y la de mis hijos; enaltecer mi casa, popularizar mi nombre; el nombre de mis antepasados, que muy en breve pasearán grabado en sus plataformas, todos los tranvías eléctricos de París... ¡Esa! ¡esa es mi suprema ilusión, mi felicidad, mi vida!

SOU ¡Dichoso usted!

BARÓN Sí, señor, ¡casi dichoso! Por lo demás y para mis ratos perdidos, tengo buena mesa, buenos caballos, buenos perros...

SOU ¡Y buenas mujeres!

BARÓN No; eso me robaría mucho tiempo.

SOU. Sin embargo...

BARÓN No insista usted sobre el particular porque es inútil. Hace hora y media, que pretende usted que me espontanee, sin tener en cuenta que yo sólo digo lo que quiero decir.

SOU. ¿Me juzga usted capaz de utilizar en provecho propio?... ¡Es usted injusto conmigo! Confieso, sí, que un artículo en mi periódico, dando noticias detalladas de sus empresas, de sus negocios...

BARÓN (Cogiendo el periódico de que se hizo mención.) ¿Un artículo como este? (Gesto y ademán de protesta de Soubrian.) Le guardaremos; mejor estará aquí que rodando por las butacas. (Se dirige al armario.)

SOU. Por última vez, Rysbergue, ¿acepta usted la comandita de *El Gran Radical?*

BARÓN Francamente... el título...

SOU Se cambia.

BARÓN ¿Radicalmente?

SOU. Si se cambiase, ¿aceptaría usted?

BARÓN No.

SOU. ¿Por qué?

BARÓN ¿Por qué? ¿Quiere usted que le sea completamente franco?

SOU. No deseo otra cosa.

BARÓN (Cerrando el cajón donde metió el periódico.) Pues bien, amigo mío. Si yo llevase, un apellido francés, un ilustre apellido francés, no tendría inconveniente en arriesgarme en este negocio. Hay ciertas personalidades que pueden arrostrar con tranquilidad, determinado género de compromisos. Pero aunque mi mujer sea francesa, y de rancia estirpe, no por eso dejo yo de ser un extranjero, y ya sabe usted que lòs extranjeros en París, no pasamos de la categoría de *rastaqüeres*.

SOU. Bélgica es una pequeña Francia.

BARÓN Gracias por la galantería; pero aunque Bélgica sea una pequeña Francia, un gran belga no es ni siquiera un *pequeño francés*. Por lo tanto, y aunque sólo sea por esta inferioridad, debo andarme con pies de plomo, para no comprometer en empresas dudosas, el buen nombre y la reputación de mi casa. En ese punto me mostraré siempre inflexible, porque en él se ha cifrado y se cifra el orgullo de toda mi vida. Mis hijos abundan en mis ideas, y eso me enorgullece doblemente. La proposición que acaba usted de hacerme, nada tiene de deshonrosa, es verdad; es un negocio, como otro cualquiera, pero no le puedo aceptar; es inútil que insista usted. (Con severidad y gran firmeza.)

SOU. Corriente; respeto su opinión, y desisto. Yo me he limitado á trasmitir á usted las proposiciones de los accionistas. . Por mi parte no tenía interés alguno...

BARÓN Tanto mejor.

SOU. ¿De modo que tan amigos?

BARÓN Tan amigos.

SOU. ¿Viene usted al Círculo?

## ESCENA VII

DICHOS é IRENE

IRENE (Abriendo la puerta.) ¡Ah! ¿Eres tú?

BARÓN ¿Por qué cierras?

IRENE — La señora Brecourt no puede soportar el humo de los cigarros; acaba de marcharse y abría cuando he oído tu voz. (Abre la gran puerta del salón y se ve iluminado.) ¿Te volveré á ver antes de tu viaje?

BARÓN — No sé. Me iré muy temprano al despacho y el tren sale á las doce.

IRENE — Entonces... Adiós. Oye: ¿estarás de vuelta para el catorce?

BARÓN — Creo que lo menos necesitaré diez días.

IRENE — Te advierto que el catorce es la fiesta de Duchatel y compañía.

BARÓN — Bueno. Lo importante para nuestro negocio es que asista al banquete del Príncipe Pablo... ¡Ah!... Tened cuidado durante mi ausencia del caballo tordo.

IRENE — ¿Está enfermo?

BARÓN — El veterinario vendrá pasado mañana... Te agradacería que te ocupases de eso. Creo que será necesario ponerle algunos botones de fuego. De todas maneras no le hagais trabajar mucho.

IRENE — Está bien, puedes irte tranquilo.

BARÓN — Adiós...

IRENE — Buen viaje si no te vuelvo á ver. (Irene estrecha la mano del señor Soubrian. Mutis izquierda.)

## ESCENA VIII

IRENE. Después y poco á poco COLETTE, LUIS, SOUBRIAN, MAGDALENA CHADEAUX, RICARDO, SEÑORA CHADEAUX, la MARQUESA DE SAINT-PUY, LIGUIERES

IRENE — (Llamando.) Colette, Señora de Saint-Puy, vengan ustedes. Les advierto que está prohibido hablar mal de este rincón, es mi capricho; ¡me encuentro tan bién en él! ¿No quieres beber, Colette?

COL. — Sí; pero lo que me des que sea fresco, muy fresco. (Mientras Irene prepara la bebida.) ¿De dónde has sacado á esa Marquesa de Saint-Puy?

IRENE — Te participo que es de lo mejor del *faubourg*.

Cuando la trates, verás qué simpática es... ¿No conocía usted á mi amiga Colette, señor Soubrian? Nos hemos educado juntas en el Sagrado Corazón. En la clase de Sor María Jacoba. Hable usted con ella sin reservas mentales.

COL. ¡Por Dios, Irene!

IRENE El señor Soubrian sabe unas historias muy preciosas, y además es un gran narrador. Cuéntela usted la de la inglesa desconsolada.

LUIS No puedo; esa no se la cuento más que á las solteras.

IRENE Colette es viuda... Viene á ser lo mismo.

LUIS Sí, es verdad; pues oiga usted y palidezca. (En el salón del fondo se ve á la Marquesa de Saint-Puy, hablando con la Señora Chadeaux y con Liguieres )

RIC. (Dirigiéndose hacia la derecha con Magdalena Chaudeax, que por fin se detiene, apoyándose en el piano y chafando las flores ordenadas.) ¿Se va usted acostumbrando á mi casa, Magdalena?

MAG. Sigue inspirándome un miedo horrible.

RIC. ¿Por qué?..

MAG. No lo sé, no sé explicarlo. El caso es que yo, educada con cierta sencillez, no me encuentro á gusto en esta atmósfera; por ejemplo: aquella señora que ríe tan estrepitosamente... (Señala á Colette, que está hablando en un rincón.) No puede usted figurarse cómo me turba, y cómo me avergüenza...

RIC. ¡Oh! No es para tanto.

MAG. Sí, quizá cuando me acostumbre...

RIC. Veo con gusto que voy á tener una mujercita muy casera.

MAG. ¡Oh!

RIC. ¿Hará usted platos de dulce para á su marido?

MAG. ¡Si me los pide!...

RIC. Se los pedirá á usted, de seguro, porque yo también soy muy casero. Tenemos idénticos gustos; es una fortuna.

MAG. No. Es desesperante.

RIC. ¿Por que?...

MAG. Porque si nos convencemos de que hemos nacido el uno para el otro y no llegamos á unirnos... hay para morirse de desesperación.

RIC. ¡No lo crea usted! Conozco á una joven que estaba absolutamente convencida de que yo le era indispensable para el complemento de su *felicidad futura...*

MAG. ¿Y...?

RIC. Y ahora vive con un caballero que en nada se parece á mí.

MAG. ¡Acaso sea mejor que usted!...

RIC. Sí... sí... Es un juez suplente, en el juzgado de Limoux... ¡Conque ya ve usted!

MAG. Muchas gracias; por lo menos es usted franco.

SRA. CHA. (Que ha bajado á la escena) Magdalena.

MAG. ¡Mamá! (Ricardo sube al foro y se pone á hablar con la vieja Marquesa de Saint-Puy y Liguieres.)

SRA. CHA. (Bajo.) ¿Quieres que nos vayamos?

MAG. Tengo que hablar con él todavía.

SRA. CHA. ¿Te gusta?

MAG. No lo sé.

SRA. CHA. ¿No te ha dicho aun ninguna inconveniencia?

MAG. ¡Oh, mamá!

SRA. CHA. ¡Es tan particular toda esta familia!... Sobre todo la madre... ¡Oh!...

MAG. (Bajo.) ¡Psh! Que viene.

IRENE. ¡Qué hija tan encantadora tiene usted! ¡Hay tanta dulzura, tanta alegría en su cara!...

SRA. CHA. ¡Es una niña aún!

LUIS. Eso no es una razón; yo desde los diecisiete años soy sombrío, melancólico, taciturno...

IRENE. (Riendo.) No pierda usted la esperanza. La juventud y la alegría vienen con los años. (Con cariño, dirigiéndose á la Marquesa de Saint-Puy.) ¿No es cierto, Marquesa?

MARQ. No he oído; estaba un poco distraída.

LIG. Lo que está es más sorda que una tapia.

IRENE. Preguntaba en qué obra caritativa emplea usted ahora su tiempo.

MARQ. He abierto una suscripción para erigir una estatua á Camoens.

LUIS ¡Soberbia idea!

LIG. Que viene á llenar un gran vacío.

LUIS Yo me preguntaba todas las mañanas: ¿Qué necesitas tú para ser feliz? Y ahora ya lo sé. ¡Un busto para Camoens!

IRENE ¡Caridad! ¡Caridad! ¡Niños.. viejos!

CRIADO Una doncella acaba de traer esta carta y me ha rogado que se la entregue inmediatamente á la señora. Es urgente.

IRENE ¿Tiene respuesta?

CRIADO No, señora.

IRENE Está bien. (A sus convidados.) ¿Me permiten ustedes?... (El Criado se va, Irene se aleja un poco para leer la carta: suelta una exclamación.) ¡Oh! (Dirigiéndose á Ricardo, que ha vuelto á entablar conversación con Magdalena.) Ricardo.

RIC. ¿Qué quieres, mamá?

IRENE ¡Esto es demasiado! Una carta de *chantage* dirigida á mí, amenazando con romper tu matrimonio. ¡Y en qué términos! ¡Qué descaro!

RIC. ¿Pero de quién? Sepamos.

IRENE ¿De quién ha de ser? De tu Nichete.

RIC. ¡Imposible!

IRENE ¿Imposible? Mira.

RIC. (Leyendo.) En efecto. ¡Sinvergüenza!

IRENE Te dije mil veces que era una mujer muy peligrosa. Que te iba á dar muchos disgustos; y sin exposición por su parte. ¡Como no tiene nada que perder!...

RIC. Y yo, ¡imbécil! que acababa de comprarla una joya de cien luises: mírala.

IRENE Has estado oportuno.

RIC. (Con la joya en la mano.) ¿Qué hago ahora con esto?

IRENE Se la ofreces como regalo de boda á tu prometida.

RIC. No está mal pensado, pero no puedo. He hecho grabar unas fechas... que... vamos...

IRENE A ver. (Viendo la joya.) 15 Junio 1903; 15 Mayo 1904. Parecen las fechas de un reinado. ¿15 Mayo?... ¡Ah! ya caigo, la abdicación.

RIC. Déjate de bromas. ¡Amenazarme á mí! ¡Sinvergüenza!

IRENE — En vez de decirlo tantas veces, toma una resolución.

RIC. — Ahora mismo...

IRENE — ¡Cuidado que te miran!

RIC. — Voy á llamar á Soubrian y á Liguieres, para que me ayuden.

IRENE — Bueno, pero no levanteis mucho la voz, porque os vamos á oir. Ya lo sabes, ¡calma, mucha calma!

RIC. — No temas; nos vamos al salón á deliberar.

IRENE — Cierra la puerta.

RIC. — (Llamando á sus amigos.) Liguieres... Luis... (Habla con ellos en voz baja y los tres se dirigen al salón.)

COL. — ¡Cómo! ¿Otra vez nos dejan? ¡Pero qué groseros, qué groserotes son estos chicos!

## ESCENA IX

IRENE, COLETTE, SEÑORA CHADEAUX, MAGDALENA, la MARQUESA

IRENE — (Con viveza.) Un minuto, perdónenles ustedes un minuto, tienen que decirse una cosa y...

COL. — Una cosa que nosotros no podemos oir y que tú sabes. ¿Verdad?

IRENE — ¡Es que yo!...

SRA. CHA. — ¿Por lo que se ve, es usted la confidente de sus hijos?

IRENE — Soy su compañera.

COL. — Su íntima.

IRENE — Eso es; su íntima.

SRA. CHA. — Sin embargo, su condición de madre debe ser un obstáculo...

IRENE — Al contrario, señora; difícilmente se podrá encontrar una madre más indulgente que yo. ¿Verdad, Colette?

COL. — Es verdad. Ha sido una madre ejemplar. Durante los mejores años de su vida ha sido esclava de sus hijos y se ha dedicado en cuerpo y alma á su educación.

IRENE — Y ahora que mis hijos son ya unos hombres,

ó por lo menos uno de ellos, creo que tengo derecho á resarcirme de los desvelos pasados.

SRA. CHA. Sí, ya veo que procura usted rasarcirse del tiempo perdido.

IRENE ¡Es tan hermosa la vida!...

SRA. CHA. ¿Y sus hijos la dicen á usted todo?.. ¿absotamente todo?

IRENE Casi todo; porque no soy su confesor.

SRA. CHA. Magdalena, hija, ¿quieres tocar un poco el piano? (Magdalena se levanta y se dirige al piano.)

IRENE (A Colette en voz baja.) ¡Qué señora tan inaguantable!

SRA. CHA. (Con intención.) Ese compañerismo se explica tratándose sólo de hijos...

IRENE ¡Ah! Si el cielo me hubiera concedido una hija, la hubiera adornado con todos los detalles de la *misse en escene* moderna; le babría dado una educación elegantísima y completa desde su niñez, hasta el día del gran sacrificio.

COL. ¿Qué entiendes tú por el *gran sacrificio?*

IRENE Esa ceremonia propia de los zulús, que se llama pomposamente el «día de bodas.»

SRA. CHA. Toca más fuerte, hija, te lo suplico.

IRENE No tema usted; hablaré bajo.

COL. Sí, señorita, toque usted *La plegaria de una Virgen.*

SRA. CHA. (Volviendo sobre el mismo tema.) Permítame usted, querida Irene, que me asombre de cómo trata usted á la institución más noble, más elevada y más sagrada que existe... á no ser que tenga usted tal recuerdo del día de su boda que justifique el dictado que acaba de darle de «ceremonia propia de los zulús.»

IRENE Sí que lo tengo... y como yo, todas las mujeres de alma delicada. Durante el día, menos mal... los nervios, la confusión, los apretones de mano, las felicitaciones... ¡Bien! Pero la noche... Por la noche, cuando me dí cuenta de que todos mis amigos y amigas habían sido invitados, con la obligación de pensar en mí y de leer en mi cara las diversas sensaciones que fuí recibiendo... Créan-

me ustedes, mi bochorno y mi indignación no tuvieron límite. ¡Presentía, notaba claramente, las miradas de mis tías, de mis primos, de Federico sobre todo!... Adivinaba los comentarios de aquella gente al reconstruir la escena íntima de la fiesta á que habían sido invitados... oía, escuchaba todo aquello y sentía algo así como una mezcla de rabia y de vergüenza... como si pisoteasen mi pudor virginal, ¡no sé! algo que no puedo definir... y que al siguiente día llegó al paroxismo cuando las sonrisas impertinentes y las frases equívocas y brutales me salieron al paso... ¡Lo juro; desde aquella noche, comprendo que haya quien se olvide de todo para no sufrir tales torturas!

MARQ. ¡Bravo!... ¡Bravo!

COL. ¡Qué bien te ha oído esta vez la Marquesa!

IRENE Naturalmente.

SRA. CHA. Resumiendo, querida Irene; que cuando se casó usted no amaba á su marido.

IRENE De eso es de lo que no me acuerdo bien. ¡Hace ya tanto tiempo! pero de todas maneras, debo decirla, en descargo mío, que mi marido se ha ocupado siempre más de sus negocios que de mí, y yo, en justa reciprocidad, no me he ocupado ni preocupado de nada. Diga usted á esa criatura que salga de su éxtasis y no toque ya más. ¡Qué ridícula educación! Magdalena, hija mía, ¿quiere usted servirnos el té con Colette?

COL. (A la Marquesa de Saint-Puy.) ¡Por fin! *La plegaria de una Virgen* resultaba poco edificante.

IRENE Era muy bonito eso que tocaba usted. (Al Criado, que ha entrado con el servicio del té.) ¿Quién ha llamado antes?

CRIADO El señor de Chambry, señora.

COL. (A Irene, sirviéndole el té.) Me parece que te has propasado con la señora de Chadeaux. Esas alusiones al matrimonio y esas indirectas á su hija, no creo que le hayan sentado muy bien.

IRENE Mejor. No puedo resistir sus mojigaterías. Así se irá asostumbrando á la consuegra que

va á tener. (Girando sobre sus talones.) ¡Qué! ¿Nadie quiere tomar el té?

MARQ. (Después de una pausa, continuando la conversación con la señora de Chadeaux.) ¡Oh! Los hijos son el único consuelo de nuestra vejez. (Hace unos minutos, Irene, aun hablando y todo, se vuelve con frecuencia hacia la puerta del salón, donde á través de los vidrios opacos se ve la sombra de alguien que se apoya en ellos.)

COL. (A Irene.) ¿Qué te pasa? ¿Estás aburrida?

IRENE ¿Yo? ¿Por qué?

COL. (Siguiendo la dirección de los ojos de Irene.) ¿Qué miras? (Volviéndose también.) ¡Oh! Fíjense ustedes; ¡qué efecto de luz!

MARQ. ¡Ah! Es verdad. Si esa sombra chinesca fuese obra de un pintor, nadie lo creería. (La sombra, en efecto, delinea perfectamente un perfil que de cuando en cuando se retira y vuelve á aparecer.)

IRENE Como está tan alumbrado ahí dentro...

COL. Y el de la sombra anda muy cerca de los cristales; está fumando.

MARQ. ¿Quién será? Ricardo no es; el señor Soubrian tampoco; el señor Soubrian tiene la nariz más larga que el de la sombra.

IRENE Me parece que es Jorge de Chambry, el amigo íntimo de mis hijos; estaban citados aquí y habrá entrado directamente en el salón.

SRA. CHA. ¡Ah! ¡Jorge de Chambry!...

IRENE ¿Usted le conoce?

SRA. CHA. Sí; es un muchacho muy simpático y de buena familia.

IRENE Linajudo... Su madre es una Dompierre.

COL Si tuviéramos un lápiz le dibujaríamos el perfil admirablemente...

IRENE Voy á llamarle. (Se aproxima á la vidriera y toca con los dedos.)

MAG. Ya se ha vuelto. (La puerta se entreabre y aparece una cabeza; es la de Jorge de Chambry.)

JORGE ¿Quién llamaba? (Viendo á Irene.) A los pies de usted: señoras... (Viendo á las demás.)

MARQ. Entre usted, Vizconde.

## ESCENA X

LOS MISMOS, JORGE, después RICARDO y LIGUIERES. (Jorge se adelanta, dejando la puerta abierta para saludar a las señoras

MARQ. Le hemos conocido á usted por la silueta que se dibujaba en los cristales

JORGE (Volviéndose sin comprender bien.) ¿Cómo?... ¡Ah! ya... pues no debía de estar muy parecido que digamos. (Entran Ricardo y Liguieres, como acabando una conversación,)

COL. ¿Han acabado ustedes de conspirar?

RIC. Sí, ya hemos acabado.

IRENE ¿Y Soubrian? ¿Se lo han comido ustedes? ¿Y Pablo?

RIC. Soubrian ha tenido que marcharse porque le esperaban y Pablo ha subido á terminar un tema de historia.

SRA. CHA. (Levantándose.) Esperábamos á ustedes para despedirnos.

IRENE ¿Tan pronto?

SRA. CHA. Magdalena tiene clase mañana á primera hora.

MAG. (A Ricardo al despedirse.) Me ha tenido usted abandonada casi toda la noche.

RIC. Perdóneme usted. Los negocios... Pero si me lo permite usted, la acompañaré hasta su casa.

IRENE (Desde lejos dirigiéndose á Ricardo.) Ricardo, acompaña á la señora Chadeaux.

SRA. CHA. ¡Por Dios, que no se moleste!

MAG. Iremos á pie, ¿verdad, mamá? ¡Está tan cerca!

IRENE (A la Marquesa.) La señora Chadeaux vive en la calle Margarita, muy cerca, á dos pasos de aquí. (Aparte á Ricardo, en tanto las Chadeaux se preparan para salir,) ¿Qué habéis decidido?

RIC. Por primera providencia, hemos decidido que vaya Soubrián á Varieté en donde debe pasar la noche Nichotte, con varios amigos. Después iré yo... y te juro que me oirá.

IRENE Nada de escándalos. (A Jorge que se ha aproximado.) ¿Sabe usted lo que le pasa á Ricardo?

VIZ. Sí... (A Ricardo.) Sobre todo, no te descompongas. Acuérdate que una mujer, sea lo que sea, siempre es una mujer.

IRENE (A Jorge.) Usted quédese. No me deje sola con la Saint-Puy.

VIZ. Estoy á sus órdenes.

RIC. (A la Chadeaux.) ¿Vamos?

MAG. ¿Y mi abanico? (Su madre se lo da.)

SRA. CHA. ¡Ay, hija mía! Si este matrimonio llega á efectuarse, será porque estés muy enamorada.

MAG. (¡Claro, mamá; no has de estarlo tú!)

RIC. ¿Vienes contigo, Liguieres?

LIG. Andando.

IRENE (Acompañándolos á todos hacia la puerta de la izquierda) Hasta la vista, señores. Adiós, Magdalena. (Se van la señora Chadeaux, Magdalena, Ricardo y Liguieres.)

## ESCENA XI

IRENE, JORGE, COLETTE y la MARQUESA DE SAINT-PUY

IRENE (Imperativamente á Jorge.) Hable usted de literatura con la Marquesa.

JORGE ¿De quién quiere usted que hablemos? ¿De Balzac?

IRENE De quien usté quiera... (Va en busca de Colette mientras Jorge va á buscar á la Marquesa.) y tú, vete; te suplico.

COL. (Azorada por lo intempestivo del mandato.) Bueno. bueno...

IRENE Ya te explicaré mañana...

COL. No, no tengo interés...

IRENE Espera un momento á que se hayan marchado los demás.

COL. Corriente.

IRENE (Volviéndose á Jorge.) Señor de Chambry, enseñe usted á la Marquesa esas obras que hay sobre el piano. (A la Marquesa.) ¡Verá usted qué interesantes son!

COL. (A Irene.) ¡Pobre Marquesa!
IRENE ¿Qué dices?
COL. Nada, nada, yo me entiendo.
IRENE Mañana te explicaré...
COL. ¿Para qué? Adiós.
IRENE A las cinco, ¿eh? ¡Que no faltes!
COL. (Yéndose sin despedirse.) No faltaré, descuida.

## ESCENA XII

IRENE, la MARQUESA y JORGE

IRENE ¿De qué hablaban ustedes?
JORGE ¡De Balzac!...
MARQ. Es autor que no pasa nunca, ¿verdad?
IRENE ¡No se qué secreto encierran sus libros que siempre se leen con gusto! (Jorge, a espaldas de la Marquesa, hace signos de viva impaciencia á Irene)
JORGE (En voz baja á Irene.) ¿Pero esta buena señora?...
IRENE (Con un movimiento seco del abanico.) Chist... (A la Marquesa.) Sin embargo, no hay que despreciar á Bourget.
MARQ. (Con tono doctoral.) Tiene usted razón; aunque odia á las mujeres, todas le adoramos. (Jorge é Irene hacen un movimiento de admiración, al oir la opinión radical de la Marquesa.)
IRENE (En voz baja y riéndose.) Tanto como odiarnos...
JORGE (También en voz baja.) ¡Irene!
IRENE (En alta voz.) ¿Ha visto usted esta edición italiana de Longus? Está encuadernada en *chagrin*; es un ejemplar rarísimo.
JORGE ¡Vea usted qué grabados!... (Le pone un libro en las rodillas.)
MARQ. Ya la he visto antes.
JORGE Pero no con detenimiento. Mire usted, mire usted. (Se coloca detrás de la silla de la Marquesa y se inclina hacia adelante. Con una mano va señalando los detalles del grabado, y con la otra, sin que la Marquesa pueda verle, atrae hacia así á Irene y la acaricia, lentamente, autoritariamente, la nuca y la espalda, sin que ella se resista ni proteste, como si estuviera acos-

tumbrada á ello naturalmente.) ¡Mire usted qué finura, qué gracia! ¡qué delicadeza de líneas! (La mano de Jorge, sigue paseándose por la espalda y los brazos de Irene.)

MARQ. (Inclinada sobre el libro) Es verdad, ¡qué delicadeza! Este grabado *parece una caricia.*

JORGE Eso es, una caricia... (Jorge de pronto intenta quitar el peine que sujeta los cabellos de Irene.)

IRENE (Desasiéndose, con voz sorda.) No seas loco.

JORGE (A la Marquesa que iba á levantar la cabeza.) Fíjese usted en ese pececito.

MARQ. ¿Pececito? Si es una gaviota.

JORGE Bueno, parece una gaviota porque es un pez volador. Un pez que vive en el agua, y que es azul y verde; una especie de tiburón.

MARQ. ¿De tiburón?

JORGE Sí; ¡fíjese usted, fíjese usted! (Irene, presa de un acceso de risa, de una risa estúpida é irresistible se aleja, tapándose la cara con el pañuelo.)

MARQ. (A Irene.) ¿Qué tiene usted, Irene?

IRENE (Desde el foro y con voz ahogada.) Nada, nada; un poco de hipo.

JORGE (Mordiéndose los labios y procurando llamar de nuevo la atención de la Marquesa.) A la señora de Rysbergue le entusiasman los libros antiguos.

MARQ. En mi hotel tengo muchos. ¿Y á usted le gustan?

JORGE A mí también. Pero no entiendo...

IRENE (Ya tranquila y dirigiéndose á Jorge severamente en voz baja.) (Basta; sentémonos.) (Alto á Jorge que finge no haber oído.) Le ruego á usted que se siente, señor de Chambry. (Se sientan los tres muy formales y muy serios.)

JORGE (Después de un momento de silencio.) ¡Cómo se retrasa este año la primavera!

MARQ. ¡Oh! De algún tiempo á esta parte, las estaciones han cambiado de un modo extraordinario.

JORGE (Hablando muy de prisa y con un tono extremadamente natural.) Hasta el punto de que no se sabe cuándo acaba el invierno y cuándo empieza la primavera... (Te amo.)

IRENE (Lo mismo.) Tiene usted razón.

JORGE (Cada vez más de prisa.) Y si no fuera porque

hay que creer en un Dios.... (No sigamos hablando.)

IRENE (Lo mismo.) Y la primavera es tan hermosa... (¿Para qué?)

JORGE (Lo mismo.) (Para que se vaya; cállate.)

MARQ. (Con una sonrisa estereotipada.) La primavera donde hay que pasarla es en Italia. ¡Allí sí que es agradable! (Se detiene y nadie la responde. Su mirada honrada y dulce se posa en Irene; en Jorge después y dice:) Pero yo estoy hablando y hablando y se hace tarde para ustedes y para mí.

IRENE (Por mera fórmula.) No... no...

MARQ. ¿Qué hora será?

IRENE ¿Qué hora es, Jorge?

JORGE (Después de mirar su reloj.) Las once y media.

IRENE Temprano. Las doce y treinta y cinco.

MARQ. (Levantándose precipitadamente.) ¡Dios mío, las doce y treinta y cinco! ¡Qué atrocidad! ¡Qué tarde!... ¡Y mi coche que me debe estar esperando hace más de una hora! Le mandé venir á las once. Hasta la vista, caballero. Cuando pase usted por mi casa, si quiere usted subir á descansar, tendré sumo gusto...

JORGE Muchas gracias, señora. A los pies de usted.

IRENE (A Irene que la acompaña.) No se moleste usted, se lo suplico...

IRENE No es molestia...

MARQ. ¡Es muy simpático ese joven y muy atento!.. (Se van las dos y Jorge se queda solo.)

## ESCENA XIII

JORGE y después IRENE. Irene entra y con un gesto detiene á Jorge que se dirige hacia ella

IRENE ¡No, no! estoy enfadada, ¡déjame; eres muy imprudente!

JORGE Al contrario, soy muy hábil.

IRENE ¡Si sospecharan siquiera!...

JORGE No seas tonta; ¿qué han de sospechar? Me tachas de imprudente, y soy yo quien debía regañarte á tí, por descuidada. (Saca de un bol-

sillo una cartera de señora.) Toma; te has dejado esto en casa; con tarjetas tuyas dentro. ¡Si el portero la coge y ve tu nombre!...

IRENE ¡Es verdad; perdóname! (Coge la cartera.) Pero sobre todo, que Ricardo y Pablo....

JORGE No te preocupes. Tengo una gran combinación. Soy el confidente de Ricardo y de Pablo, y á los dos, los he hecho creer que estoy en relaciones con una chica que va á abandonar la casa paterna por mí. ¡Lo que menos piensan tus hijos, es que entre tú y yo!...

IRENE Vamos á ver: ¿qué pensaste cuando te diste cuenta de que te amaba?

JORGE ¿Que qué pensé?

IRENE Sí.

JORGE Pues me dije: ¡Será ilusión mía! ¡Es demasiado para mí! Me figuraba que necesitaría años enteros para conquistarte.

IRENE Te alegraste, ¿verdad?...

JORGE Me asombré.

IRENE ¡Ingrato!

JORGE Pero esta impresión pasó pronto.

IRENE ¿Cuándo te cercioraste de ello? ¡No me lo has contado nunca!

JORGE Un día jugando al *tennis* en casa de los Dubrenil, tú me estuviste mirando toda la tarde... perdiste todos tus tantos.

IRENE ¡Pero te gané á tí!

JORGE Recuerdo que me dolía la cabeza atrozmente. Estaba escalofriado y malucho... no sé cómo te enamoraste de mí en aquel momento.

IRENE Yo tampoco. Es lo que los poetas llaman el *flechazo.*

JORGE Ya ves que soy sincero.

IRENE Ya lo veo, ya. (Pausa. Irene contempla un largo rato los ojos azules de Jorge. Después, de repente y exhalando un suspiro, exclama:) ¡Que siempre sea así!

JORGE ¿Por qué no?

IRENE Que siempre sea así; no te pido más. Hay momentos en que me pregunto si estaré soñando.

JORGE ¡Cualquiera creería que es una desgracia!

IRENE ¡Sí que lo es! ¡Y una desgracia que yo misma me he buscado! Y después de todo, ¿qué importa? había de suceder.

JORGE Y dime, ¿es verdad que soy tu primer amor? Perdóname; acabo de preguntarte una tontería.

IRENE No; no es una tontería. Yo me lo he preguntado muchas veces. Casada muy joven y unida á mi marido para fundar una familia y mezclar su sangre belga con la mía francesa, pasé, sin emoción alguna, los primeros años de matrimonio. Los hombres no me preocupaban, me acostumbré muy pronto á *sus maneras*, á sus dichos y á lo peligroso de su amistad. Su compañía me divertía, pero nada más.

JORGE Afortunadamente llegué yo. Apareció *Bibí*.

IRENE ¡Siempre tan chiquillo y tan loco!

JORGE Y tú siempre tan bonita y tan joven.

IRENE ¡Tan joven! ¡Si vieras qué triste es oir de los labios de un amante, lo que acabas de decirme! ¡Juventud, juventud! ¡Eres la palabra más hermosa de la vida!

JORGE Según; para unos es *Amor*, para otros *Patria*, y así sucesivamente. La palabra más hermosa de la vida, varía según los sentimientos y las costumbres.

IRENE Para las mujeres, siempre es juventud, ¡Quién tuviera tu edad! ¡tu alegría! Cuando llegas á casa, es como si llegara la primavera. Y cuando te veo desde el balcón cruzar la calle, parece que vas dejando, tras de tí, una estela blanca y luminosa.

JORGE Entonces es que tengo *radium* en mi cuerpo.

IRENE ¡No te burles; no me desesperes!

JORGE ¡Perdona, *Colibrí*; ya sé que no soy tan poético como tú. ¡Eres encantadora!

IRENE Quizá te lo parezca... hoy... ¡mañana!... ¿Has pensado alguna vez cómo sería yo á los veinte años?

JORGE Tengo la seguridad de que no serías tan linda como ahora.

IRENE ¡Si entonces me hubieses conocido! ¡Tenía el óvalo más regular, más perfecto; era muy

bonita, sí; pero la verdad, era una belleza de mármol, muerta!

JORGE Lo creo.

IRENE ¡Hijo, la acción del tiempo! También me gustaría saber cómo serás tú cuando pasen algunos años, cuando no me ames, cuando nos hayamos olvidado.

JORGE No digas eso.

IRENE Déjame verte un momento con los ojos de la imaginación. (Oculta su cara entre las manos.)

JORGE (Riendo.) ¡Qué niña eres!

IRENE Piénsalo tú también... pero al contrario; yo pensaré en tí y tú en mí.

JORGE ¡Claro está! (Por complacerla, Jorge oculta su cara entre sus manos, pero con la diferencia de que Irene sueña y Jorge no sueña.—Pausa.—Interrumpiendo el silencio con una carcajada.) Bueno; pues estás mucho más bonita ahora, no hay comparación.

IRENE ¡Oh! ¡Jorge mío! ¿Dónde iremos á parar con esta locura?

JORGE ¿A qué pensar en ello?

IRENE Tienes razón; ¡dure lo que dure! ¡Para mí eres la vida! ¡déjame que te aspire, como se aspiran las primeras violetas!

JORGE (En voz baja.) Irene.

IRENE Hace poco, cuando tu sombra se dibujaba en los cristales, sentía algo que me atraía, que me obligaba á volverme á cada instante. Estuve á punto de hacerme traición. Cuando fuí á llamarte, dando en el cristal con los dedos, tuve la impresión de tocar algo impalpable, algo ligero, como un pájaro, y entonces, inconscientemente, obeciendo á impulso superior, me aproximé tanto, tanto, que sentí el frío del cristal en mis labios. ¡Sin querer... he besado tu sombra!

JORGE (En voz baja.) ¡Te adoro! ¡Te adoro! (Ilumina la escena un resplandor cárdeno como un relámgago.)

IRENE (Sobresaltada.) ¡Ah! Un relámpago, ¿no has visto? ¡Tengo miedo!

JORGE Es un relámpago de calor.

IRENE Cierra la ventana. Hace aire. ¿No oyes cómo se agitan las hojas de los plátanos? Cierra;

estoy descotada y esta noche no me hallo bien. Vete; puede venir Pablo.

JORGE Está estudiando en su cuarto.

IRENE Vé á asegurarte, te lo suplico; así estaré más tranquila. (Levantándose.) ¡Estamos locos, locos! Dame un libro cualquiera; no importa cuál. ¡Vete, vete! (Jorge se va rápidamente por la puerta del salón. Se le ve desaparecer. Irene lee. Pausa. Después se ve entrar de nuevo á Jorge. Este contempla, desde lejos, á Irene que no le ha visto entrar y entonces suavemente, lentamente, sobre la punta de sus pies, atraviesa la escena y se aproxima á ella para abrazarla por la espalda. En la puerta de la izquierda aparece Ricardo; se detiene en el dintel y mira cómo atraviesa su amigo de manera tan extraña el salón. En el momento en que Jorge se aproxima á Irene, éste, que debe de haber oído algún ruído, vuelve la cabeza hacia el lado donde está Ricardo y le ve; aturdido, se queda con la pierna en el aire y en una postura ridícula y estúpida.)

JORGE (Esforzándose en hablar en un tono natural.) ¡Ah! ¿eres tú? (Sonriendo y mostrando tontamente el camino recorrido.) Quería dar un susto á tu madre.

## ESCENA XIV

LOS MISMOS y RICARDO

IRENE (Volviéndose.) ¿Qué pasa?

JORGE (Con naturalidad forzada.) ¡De buena se ha librado usted, señora! iba á sorprenderla, y si no es por Ricardo...

IRENE (Que no se da cuenta de lo ocurrido.) Me alegro no me gustan esas bromas.

JORGE Venía muy despacito, muy despacito; ya estaba á dos dedos, cuando...

RIC. (Interrumpiéndole.) ¿Dónde está Pablo?

JORGE Arriba. Ahora baja; está acabando de estudiar. ¡Si vieras qué nervioso me pongo cuando me dan un susto! (Procurando mezclar á Ricardo en la conversación.) ¿Y tú?

RIC. Te he preguntado dónde está Pablo.

JORGE Y ya te he respondido.

RIC. Sí...

JORGE ¡Qué mal humor tienes esta noche!

IRENE (A Ricardo.) ¿Por qué has vuelto? ¿No me habías dicho que ibas á *Varietes?*

RIC. He subido para hacer tiempo hasta las doce, pero me voy ahora mismo.

IRENE Pero bien, ¿qué vas á decirla?

RIC. (Con sequedad.) Lo que sea preciso; no te preocupes de eso.

JORGE ¡Vaya un geniecito que me gastas! (Ricardo se dirige hacia la puerta de salida.)

IRENE ¿Te vas?

RIC. Sí.

IRENE (Con viveza.) Jorge te acompañará.

JORGE Sí, sí; te acompaño.

RIC. No; ¿para qué?

JORGE Te lo decía por... pero, en fin, puesto que prefieres irte sólo... Señora. (A Irene.) Tiene usted por hijo al hombre más raro del mundo.

RIC. (Frunciendo ligeramente el ceño y con un gesto de impaciencia.) Déjate de bromas. A mamá que te considera un niño, puede que le hagan gracia, pero no son propias de tu edad.

JORGE (Un poco avergonzado por lo que le acaba de decir y haciendo un esfuerzo para reirse, al mismo tiempo que mira á Irene.) ¡Eres muy amable!... ¡No sé por qué me hablas en ese tono!

RIC. (Con más dulzura, pero más seriamente.) No, si no te hablo en ningún tono, ni menos he pretendido darte una lección... y sobre todo, delante de mamá, no debemos incomodarnos, ¿verdad? (Le da una pamada en la espalda.) Vámonos.

PABLO (Que ha entrado por el salón.) ¿Dónde vais? ¡Me voy con vosotros!

RIC. No, no; no vamos juntos.

PRBLO No importa. Jorge me acompañará á tomar un bock, en casa de Zinner. ¿Quieres? (Ricardo y Jorge se van.) Mamá, ¿puedo coger algunos cigarros de los tuyos?

IRENE Los que quieras. (Pablo coge un cigarrillo de una cajita que hay encima de la mesa.)

RIC. (Dentro.) Vamos. Daos prisa... Voy á dejaros en el coche. (Pablo sale corriendo á buscarlos y la puerta de la izquierda queda abierta. Irene no se ha levantado durante toda esta escena y ha vuelto á empezar la lectura interrumpida. La lámpara ilumina su nuca inclinada y sus cabellos rubios. Pausa relativamente larga. Ricardo entra por la izquierda. Ha dejado su sombrero sobre una silla cerca de la puerta y viene á cogerlo. Desde la puerta ve á su madre. Diríase que duda; después, poco á poco, empieza á hacer lo mismo que vió hacer á Jorge; hace exactamente, paso por paso lo que hizo el otro. Se ve que quiere reconstruir la escena que ha sorprendido. Irene no lo oye. Cuando está cerca, muy cerca de su madre, se le ve dudar y después, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, se inclina y besa á su madre, no con un beso de hijo, con un beso largo, prolongado que la estremece presa de un delicioso error. Irene echa la cabeza atrás, sin dudar un momento, sin vacilación alguna, entregándose á los labios del amante; se la oye murmurar con una voz imperceptibe y acariciadora como un suspiro QUERIDO ó VIDA MÍA y ve á Ricardo. Los ojos de la madre y del hijo se encuentran en una mirada obscura y terrible. Los dos están pálidos por el encuentro. Pausa.)

RIC. Buenas noches, mamá. (Poniéndose el sombrero sale á la calle.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Una especie de «hall-salón» de la «villa», mitad castillo, mitad casa de campo de importancia. Las puertas-ventanas, dan directamente al parque ó jardín; una escalinata al ras del suelo. Es un día pesado y bochornoso de Agosto. Todas las puertas están abiertas para que corra el aire.

## ESCENA PRIMERA

PABLO, sentado al lado de una mesa á la izquierda, trabajando, con una columna de libros á su lado. RICARDO

RIC. (Entrando.) ¿Te estorbo?

PABLO No; estaba repasando para los exámenes de Octubre. No corre prisa.

RIC. Tengo que hablarte. No, no te molestes, sigue sentado.

PABLO ¿Pero es grave lo que tienes que decirme?

RIC. Muy grave .. Dame una cerilla. (Enciende un cigarrillo.) ¿A qué hora llega Jorge de Trouville?

PABLO Supongo que saldrá de allí á las dos.

RIC. ¿Y cuánto se tarda de allí á Touques? Un cuarto de hora, ¿verdad?

PABLO ¿No lo sabes aún después del tiempo que llevamos aquí? ¿No fuiste el otro día á Trouville?

RIC. Sí, pero fuí á caballo.

PABLO ¡Ah!... Por tren se tarda un cuarto de hora, y de la estación á aquí á pie, diez minutos.

RIC. (Después de mirar el reloj.) Bien; entonces tenemos tiempo de hablar. Escucha, Pablo; hoy puede que suceda en casa algo muy grave, muy transcendental. Te lo digo para que estés advertido y no te coja de sorpresa.

PABLO ¿Qué quieres decir? ¡No te comprendo! ¿En que puede haber intervenido Jorge que?...

RIC. (Solemnemente.) Jorge se ha portado como un canalla... (Movimiento de ansiedad de Pablo.) No me interrumpas, no me preguntes nada, no he de responderte. Conténtate con saber que es un miserable; que ha cometido con nosotros, la más baja de las villanías...

PABLO ¿Pero por qué? ¿Qué ha hecho?... ¿Un abuso de confianza... un robo quizás? ¿Falsificación de documentos de la casa, malversación de caudales? ¿Qué ha hecho? ¡Dilo!

RIC. No te lo he de decir; no me lo preguntes.

PABLO ¿Y dices que estamos interesados nosotros?

RIC. Muy interesados, desgraciadamente.

PABLO ¿Y papá lo sabe?

RIC. No; no lo sabe nadie más que yo. Dame tu palabra de que todo esto quedará entre nosotros, y que no se lo confiarás á persona alguna. ¿Me lo juras?

PABLO ¡Te lo juro!

RIC. Gracias; ya sé que eres todo un hombre. (Pablo le da otra cerilla; Ricardo está sentado junto á la mesa; balancea lentamente su pierna cruzada y de vez en cuando deja escapar grandes bocanadas de humo.)

PABLO ¿Y dices que papá debe ignorar?...

RIC. Sí; porque las consecuencias serían fatales. Además, ya lo he dicho; es un asunto de Jorge y mío, nada más; si te lo confío á tí, es porque tengo necesidad de un confidente, y porque no quiero arrostrar solo la responsabilidad de lo que va á suceder; ¿qué mejor amigo que un hermano? Puede que vayamos muy lejos... y hay que preveerlo todo.

PABLO (Mirándole fijamente.) ¿Hay que preveerlo todo?

RIC. (Con firmeza.) ¡Todo! (Pausa. Pablo reflexiona, después baja los ojos, se pone á arreglar los libros lentamente y lentamente dice:)

PABLO Está bien.

RIC. (Columpiando siempre su pierna y moviendo nerviosamente el cigarro entre sus dedos.) Eso es...

PABLO Está bien...

RIC. (Después de una pausa.) Confía en mí, Pablo; ya te he dicho que tengo razones poderosas; ¡es un miserable!

PABLO ¿Estás seguro de no equivocarte?

RIC. Segurísimo. Hace dos meses que tenía únicamente sospechas; la primera vez que le sorprendí, fué la misma noche que rompí con Michette... Lo comprendió, y en los días sucesivos, á pesar de que le espié, no pude sorprender el más leve detalle; sin duda estaba sobre aviso. Creí entonces con alegría, que todas mis preocupaciones eran hijas de mi suspicacia, y después, ocupado con los asuntos de mi boda, con los negocios de la señora Chadeaux, con prepararos el alojamiento de este verano, sobre todo, el alquilar esta Villa, me distrajo bastante tiempo. En una palabra; abandoné algo, el espíar á Jorge; hasta que hace tres semanas... (Haciendo memoria.) Sí, eso es; dos ó tres días antes de venirnos, por un detalle, adquirí el convencimiento absoluto de lo que sospechaba. Como habíamos convenido en que Jorge debía pasar el verano en Trouville, estaba seguro de que por lo menos dos ó tres días á la semana... y esperé, disimulé, sufrí en silencio... ahora ya no puedo más, me ahoga la ira... y puesto que todos estáis tranquilos y ya instalados, y padre se entretiene en cazar y nuestros negocios en suspenso hasta Octubre, ahora soy libre, y todas las horas del día me pertenecen... Así pues, esta es la mejor ocasión; ya ves que no parto de ligero, que he escogido bien el momento de intervenir... (Se levanta y pasea.) ¡Ah! ¡Cómo deseo encontrarme frente á él! ¡Avergonzarle, abofetearle con el recuerdo de su traición!

¡No, no me contento con echarle de casa, eso es poco; una estocada es lo único que puede vengar tal villanía!

PABLO. ¿Qué debo yo hacer? No quiero que por una imprudencia mía...

RIC. Después de la explicación que vamos á tener, escogeremos un pretexto cualquiera para... ¡Pero júrame que pase lo que pase, jamás dirás una palabra de esto!...

PABLO ¡Lo juro!

RIC. Te tendré al corriente de lo que hayamos decidido; además, te dejaré en depósito...— por algunas horas solamente, no te alarmes, —dos ó tres cartas, porque hay que preveerlo todo; nadie está libre de una desgracia... y...

PABLO (Tímidamente.) ¡Ah! ¿Es que?...

RIC. ¿Qué?

PABLO Nada...

RIC. Sí, habla; tú ibas á preguntarme algo.

PABLO Nada... nada ..

RIC. Sí, no lo niegues. Leo en tu mirada, que tratas de descubrir la verdad. Tranquilízate; ya te he dicho que es sólo un asunto de él y mío. No te asustes.

PABLO No me asusto.

RIC. Eso es, así te quiero yo; en cuanto á los motivos que tengo para tomar tal determinación, no te los diré nunca; á tu edad, no los comprenderías... No sospechas nada de nada, ¿verdad?

PABLO Absolutamente nada.

RIC. Inventaremos un pretexto cualquiera; cuestión de mujeres; una *cocotte*. Carolina, por ejemplo...

PABLO Carolina, es inverosímil...

RIC. Pues Lianne... cualquiera.

PABLO (Interrogando.) Y con Jorge, ¿qué conducta debo observar?

RIC. La misma que yo. (Nueva pausa. Ricardo á Pablo que permanece pensativo con la cabeza baja.) ¿Estás emocionado?

PABLO No, tengo calor. (Se ve que Pablo, no quiere dejar traslucir la más pequeña emoción; aparenta estar tranquilo y natural.)

RIC. (Con tono afectadamente natural.) ¡La verdad es que hace un tiempo desesperante! (Pablo se ha puesto á trabajar como si no hubiera pasado nada, pero se adivina que es para evitar el pestañeo nervioso. Ricardo se levanta, se dirige hacia él y le arregla cariñosamente un rizo rubio que le cae sobre la frente. Con emoción.) ¡Pobre Pablo mío! (Le abraza brusca y fuertemente.)

## ESCENA II

DICHOS, JORGE. Jorge aparece por la puerta del jardín vestido con un traje de verano, muy contento y muy satisfecho

JORGE ¡Uf! ¿Sabeis que hay un paseito desde la estación á aquí? ¡y con este calor!... negadme que soy un gran amigo... ¿qué tal, Pablo? se trabaja, ¿eh?... bien, hombre, bien; por mí no lo dejes.

PABLO (Después de mirar á Ricardo.) Ya he acabado.

JORGE ¡Chico, qué examen vas á hacer en Octubre!... habrá que oirte.

RIC. (Sonriente.) Vienes hecho... un brazo de mar.

JORGE ¿Verdad? me sienta muy bien este traje... sin embargo, no me he atrevido á estrenarlo en Trouville... en la playa... me parece un poco exagerado... me lo he puesto para venir aquí y juzgar del efecto... ¿qué te parece? ¿no crees que la cinta del sombrero es muy llamativa?

RIC. Sí... un poco.

JORGE (Como hablando con el traje.) Me da el corazón que te voy á encerrar otra vez en el baul. (A Ricardo y Pablo.) ¿Pero no salís nunca? ¿os vais á estar aquí todo el verano? veníos á Trounville... así os distraereis un poco... Oye, Ricardo, te espero en el Casino de ocho á once. ¿Oyes? De ocho á once... ¿irás?

RIC. No sé... ya veremos.

JORGE (Distraído y como sobre áscuas.) ¿Y tu madre? se me ha olvidado preguntar... dispensa.

RIC. Muy bien... gracias

JORGE ¿Y el señor Rysbergue?

RIC. Está cazando.

JORGE ¿Cazando? ¡pero si está cerrada la veda!

RIC. Caza en un coto de su propiedad.

JORGE (Como notando la frialdad con que le contestan y hablando muy de prisa.) ¿No sabéis quién ha llegado ayer á Roches? La señora Stany y sus hijas. Sus hijas que son encantadoras, y su marido, le ha colocado á dos pasos de la villa y en otro chalet á Adriana Pery. Las de Rien están en el Continental; ¿no lo sabíais? Y no hay más novedades. ¡Ah! sí... Melito, la obesa Melito, que sale á bañarse todas las mañanas, con un traje tonquinés, lleno de encajes color naranja y un *maillot lofofor*... parece una boya... Inenarrable, chicos... Llama la atención de todo el mundo... (En este momento se oye en las habitaciones interiores la voz de Irene que canta. La voz de Irene que se la oye cada vez más cercana. Los tres se callan al oirla como si esta voz fuera algo muy importante.)

## ESCENA III

DICHOS, IRENE por la derecha. Entra muy alegre, cantando, trae puesto un delantal bordado

IRENE (Desde la puerta.) No me he equivocado; oí hablar en esta habitación, y me dije en seguida: «Ya está ahí Jorge.» ¿Qué tal? ¿A que no sabe usted lo que estaba haciendo? ¿No le dice á usted nada este delantal?

JORGE Parece usted una pastorcita Luis XV.

IRENE Pues estaba haciendo un postre de mi exclusiva invención; una tarta...

JORGE ¿Llena de pájaros?

IRENE ¡Qué gracioso! En castigo, se quedará usted sin probarla. ¡Ah! ¡no vaya usted á creer que *opero* en la cocina! ¡Uf! qué horror; olería á aceite y á manteca; no señor, trabajo en mi cuarto rodeada de bibelots y de flores.

JORGE ¿La chimenea también?

IRENE No hay tal chimenea, sino una maquinilla de espíritu de vino... y aún así debo estar más arrebatada...

JORGE No tanto como esta cinta.

IRENE Es verdad, que viene usted de punta en blanco; no me había fijado... Está usted muy *chic*, hay que ser justos. Unicamente los guantes...

JORGE ¿Qué?

IRENE No pueden ser más horrorosos. ¿A quién se le ocurre llevar esos guantes en el campo, y á las cuatro de la tarde?

JORGE Confieso mi mal gusto.

IRENE ¡Uf! ¡qué calor hace!

JORGE Fruta del tiempo... en Agosto...

IRENE Es insoportable; necesito respirar... quiero andar mucho, ¡mucho! (A Ricardo.) ¿Vienes conmigo?

RIC. Perdona estoy muy cansado.

IRENE (Sin insistir.) Entonces, Jorge me acompañará; digo, si no le molesta.

JORDE ¡Señora, por Dios!

IRENE (Tirando al aire, una flor de las que lleva en el pecho, dando vueltas y jugueteando.) Bien, pues voy á ponerme el sombrero... ¡Vaya! ¡adiós paseo!

JORGE ¿Por qué?

IRENE (Desde la puerta y con la mano estendida hacia afuera.) Porque está lloviendo.

JORGE ¡Bah! nube de verano; pasará en seguida.

IRENE ¡Cá!... ¡Si está más negro!... Yo que tenía tantos deseos de pasear... y sobre todo que lo necesito; estoy engordando demasiado... ¡Qué rabia!

JORGE Ya brillará el sol; no hay que desesperarse.

IRENE ¡Qué rabia!

JORGE ¿Quiere usted que juguemos á algo, mientras pasa la nube?

IRENE A condición de que se quite usted los guantes; son feísimos; démelos usted, voy á tirarlos al pozo, y así no volverá usted á ponérselos.

JORGE ¡Qué niña! Deme usted los guantes.

IRENE ¡Cá! eso sí que no... necesitan ensuciarse un

poco... Verá usted qué bonitos los pone la lluvia.

JORGE ¡Por Dios que tengo que usarlos esta noche!

IRENE Venga usted por ellos. Le desafío á usted á que los coja. ¿A que no? ¿A que no?

JORGE ¿Que no los cojo? Vamos á verlo... (Como una nina traviesa, Irene con los cabellos en desorden y entusiasmada por el juego, desafía á Jorge con el gesto y con la voz. Sus miradas, brillantes y amorosas se encuentran á cada momento... con gritos de alegría, con carcajadas. Irene corre, defendiéndose con los muebles de Jorge que la sigue, sin ver á sus dos hijos que graves y silenciosos no han pronunciado palabra. Irene y Jorge cansados de perseguirse por la habitación, salen corriendo de ella.)

PABLO (Con los ojos fijos en la puerta por donde se ha ido su madre.) ¡Ricardo!

RIC. ¿Qué?

PABLO (Pálido y casi lívido.) Nada, nada... (Irene vuelve á entrar perseguida por Jorge. Por fin se detiene.)

IRENE ¡Ah, torpe, torpe! ¡Por poco se cae usted!... (Tiene el peinado casi deshecho, la cara radiante, su seno palpita con fuerza, por la agitación de la carrera.) ¡No puedo más, estoy rendida!.. Ahí van los guantes. (Se sienta en un sillón cerca de Jorge, al que le dice en voz baja:) Vete, yo iré á buscarte.

JORGE (También en voz baja.) Dame un pretexto. (A Pablo y Ricardo enseñándoles los guantes.) ¡Mirad cómo los ha puesto! llenos de barro.

IRENE Ricardo le prestará á usted otros. ¿Verdad, Ricardo?

RIC. Con mucho gusto. (Ricardo ha cambiado algunas palabras en voz baja con Pablo, que se ha ido.)

JORGE (Desde la puerta y señalando al cielo, despejado.) ¿Qué decía yo? Pasó el chubasco.

IRENE ¿Sí? pues en marcha. Desate usted al galgo negro, y espéreme usted en la avenida de los Avellanos. (Jorge se va.)

## ESCENA IV

IRENE y RICARDO

IRENE Celebro que se haya ido Jorge para decirte que tu actitud con ese pobre chico es inconveniente, inconvenientísima. Ya es una seriedad la tuya que raya en impertinencia. Pareces un hurón. Un chico que viene á visitarnos todos los días desde Trouville; más aún, que ha venido á Trouville sólo para pasar el verano cerca de nosotros, y tú en pago le tratas con una indiferencia rayana en grosería. Acabará por notarlo y se molestará.

RIC. (Con las mejillas enrojecidas.) ¿Que se molestará?

IRENE Sí, y tendrá mucha razón. ¿Habéis tenido algún disgusto?

RIC. ¿Disgusto? Ninguno.

IRENE Pues entonces, por educación, por tí, por mí, por todos, te suplico que de hoy en adelante...

RIC. (Conteniéndose.) ¿Y es á mí á quien hablas de ese modo?

IRENE ¿A quién si no?

RIC. Mira, mamá; estás muy nerviosa. El aire del campo te ha trastornado y esa es tu única disculpa... para hablarme así; evidentemente debes haber perdido la noción de todo; debes estar loca... ciega...

IRENE (Severamente.) ¡Ricardo!

RIC. Sí, loca.

IRENE ¡Basta! No me obligues á recordarte que soy tu madre. (Pausa corta.) Voy á salir. Probablemente invitaré á comer á tu amigo; espero que no olvidarás mis advertencias. (Ricardo ha llegado ya al límite de la paciencia. Hace esfuerzos sobrehumanos para contenerse. Irene no le ve, porque no tiene más que la preocupación constante de su amor, porque no ve más que lo que á ella y y á Jorge atañe. Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)

RIC. ¡Mamá!

IRENE ¿Qué? (Ricardo la mira fijamente con los labios temblorosos; después, como habiendo tomado una determinación, con mucha dulzura, con mucho cariño, pero con voz firme.)

RIC. ¡Te suplico... que no vayas á Grange!

IRENE (Sobresaltada.) ¿A Grange?... ¿qué quieres decir?... ¿qué es eso de Grange?

RIC. Grange es una casita que está á la derecha del camino de Tuqué, á donde vas todos los días y á donde se dirige Jorge en estos momentos.

IRENE (Balbuceando desconcertada.) ¿Adonde yo?... sí, alguna vez... por casualidad...

RIC. (Interrumpiéndola.) ¡No vayas hoy ni nunca! ¡Nunca!

IRENE ¿Que yo?... (Irene mira á su hijo sofocada, avergonzada. Trata de hablar, pero ante su mirada no puede, y se deja caer en una silla junto á la mesa, con la cabeza entre las manos.)

RIC. (Emocionado y cariñoso.) No te voy á juzgar. Un hijo no puede, no debe juzgar á su madre. Unicamente he querido advertirte. Hace un mes que guardo este secreto; pero descuida, no saldrá de nosotros, ¡te lo juro! ¡Mi padre lo ignorará siempre! ¡siempre!

IRENE ¡Oh! ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Hijo mío! (Llora con la cara entre las manos y en el silencio de la escena no se oye más que sus sollozos.)

RIC. ¡Adiós!

IRENE ¡No!... ¡no te vayas! Puesto que la Providencia, ha querido que seas tú y no tu padre quien descubra... Te debo una explicación y voy á dártela; quiero que me oigas.

RIC. ¡No! ¿para qué?

IRENE ¡Aguarda!... ¡Yo estaba loca! ¡loca y ciega! Sí; tan ciega que no supe ver en tus elocuentes y acusadoras miradas la justísima indignación de que te hallabas poseído; yo no podía comprender que esta horrible verdad se descubriese algún día, siendo así que el más pequeño detalle podría venderme. ¡Compadéceme, acúsame si quieres; pero ya que no puedas perdonarme no reniegues de mí!

RIC. Ni reniego de tí ni te juzgo; ya te lo he dicho. Adoro á mi padre con toda mi alma, le respeto, le venero, sí; pero no se me oculta que no siempre se mostró contigo lo atento y solícito que debiera; la sed de riquezas atrofió en él todo sentimiento delicado; no fué modelo de fidelidad, lo reconozco... y eso puede atenuar, disculpar en parte tu falta...

IRENE No; nada de atenuaciones ni de disculpas; las necesito, pero no tengo derecho á invocarlas. Una niña puede engañarse, una mujer, y una mujer de mi edad, es doblemente culpable si se engaña á sí propia... ¡Y sin embargo... yo no soy una infame!... ¡No sé explicármelo... no lo sé!... ¡Han pasado tan de prisa estos últimos quince años!... ¡es tan corta la vida... tan corta!... ¡Parece que fué ayer cuando naciste; parece que aún te tengo sobre mi regazo! ¡Con tus buclecitos rubios, tus manitas sonrosadas, y tu sonrisa angelical!... Hoy, que ya eres un hombre, que vas á casarte... te acompañaré á la iglesia y, al salir, creeré que soy yo la desposada... ¡y que tengo por delante toda una vida! ¡qué error! ¡qué error tan grande! pero ¿qué quieres? ¡soy así! ¡no es mía la culpa!... ¡Porque no soy mala, Ricardo mío, no! ¡soy una loca! ¡un ser extraño, una inconsciente; qué sé yo! Mira, guardo en un medallón los cabellos de mi madre cuando tenía veinte años: unos cabellos rubios, finos, preciosos, ¡que huelen á besos!... ¡Mil veces me he quedado arrobada contemplándolos!... ¡los recuerdos que despertaban en mí conmovían mi alma! ¡las lágrimas asomaban á mis ojos!... ¿por qué? ¡porque sí!... ¡no puedo explicarlo!... no tengo más argumento en defensa mía... pero soy digna de compasión, no lo dudes. Compadéceme, compadéceme mucho, ¡porque los corazones como el mío, ya tienen bastante desgracia en ser como son!

RIC. Sí, te compadezco y te ruego que cesen de

una vez estas explicaciones. No es de tí de quien las necesito.

IRENE ¡Oh!

RIC. Sino del hombre que villana, cobarde, hipócritamente, ha hecho traición á mi amistad, ha abusado de mi confianza, ha pisoteado mi leal cariño, ha inferido á mi padre la más terrible de las afrentas, y ha traído la deshonra á esta casa; ¡sí! ¡la deshonra! ¡perdóname, si te hago sufrir, pero no hay otra palabra!

IRENE ¡Ricardo!

RIC. ¡Cobarde!... ¿Y cree que esto ha de quedar así? ¿Cree que ha de quedar impune su inicua hazaña?

IRENE ¿Qué pretendes?

RIC. ¡Nada! ¡nada! no te preocupes... á tí ya esto no te concierne. ¡El y yo, arreglaremos solos nuestras cuentas, y te juro que las saldaremos!

IRENE ¿Luego quieres batirte con Jorge? ¡Lo has dicho! ¿Y le acusas de cobarde? ¡Qué mayor cobardía que la que tú quieres cometer!

RIC. ¿Una cobardía?

IRENE Sí... puesto que abusas de tu superioridad en el manejo de las armas. ¡Piénsalo, Ricardo; piensa que tratas de cometer un crimen!

RIC. ¿Un crimen? ¡llámalo reparación, venganza!

IRENE ¿Venganza? Ni siquiera lo llamo justicia.

RIC. ¡Madre!

IRENE ¡Mientes! ¡mientes' ¡lo estoy leyendo en tus ojos! ¿quieres matarle? ¡Desgraciado!... ¡ya amarás, ya amarás algún día con toda la intensidad de un profundo amor, y entonces quizá comprendas y me perdones estas lágrimas y esta vergonzosa confesión! ¡Porque Jorge es mi vida!...

RIC. ¡Madre!

IRENE Lo repito; dejadme todos, abandonadme á mi ciega pasión. ¡Estoy loca! ¡loca!

RIC. ¡Mi padre! (Rysbergue entra por la puerta del jardín.)

## ESCENA V

LOS MISMOS y RYSBERGUE. Irene, al ver á su marido, se vuelve rápidamente y trata de arreglarse un poco

BARÓN ¿Qué tenéis? ¿qué sucede? (Ve el azoramiento de su hijo y los ojos hinchados, por llorar, de su mujer.) ¿Has hecho llorar á tu madre?

IRENE (Vivamente.) ¡No! No es nada, nada.

BARÓN (Mirando al uno y al otro.) ¿Cómo no? Sepamos...

IRENE No tiene importancia, no te preocupes. (Sale por la izquierda sin volver la cara á su marido.)

BARÓN (Dirigiéndose á Ricardo y señalando á Irene que se va.) Pero...

RIC. Nada, los nervios; una tontería. ¿Te has divertido?

BARÓN (Interrumpiéndole y dejando sobre la mesa la escopeta y la canana que trae en bandolera.) Poco. No han caído más que dos gaviotas. He perdido el día. (Riendo.) ¡Ah! Al volver me he encontrado con Jorge.

RIC. ¿Con Jorge?

BARÓN Sí. Es muy inteligente ese muchacho. Tiene grandes disposiciones para los negocios. A principios de invierno pienso ofrecerle una plaza en nuestro escritorio, en sustitución de Wandeteufel, que ha resuelto retirarse. Acabo de manifestarle mi decisión y parece que le ha gustado mucho.

RIC. ¿Quién? ¿Jorge? ¡Bah!... Eso es una broma, una insensatez, una locura.

BARÓN (Interrumpiéndole.) ¿Locura? ¡y yo que creía proporcionarte una satisfacción!

RIC. ¿Pero á qué viene ahora?... ¿qué entiende Jorge de asuntos financieros?

BARÓN Ya aprenderá; por algo se empieza; no creo engañarme sobre... el mérito de ese chico; me parece que he hecho una verdadera adquisición.

RIC. Además, muy pronto tiene que ingresar en filas.

BARÓN Sí, en Noviembre... pero tomará la licencia. Ya verás: más adelante le interesaré de una manera formal en nuestros negocios, é irá ascendiendo. Con que ya lo sabes; desde el próximo mes, trabajaréis en el mismo despacho, para que podáis comunicaros vuestras impresiones y fumar juntos.

RIC. (Alzando los hombros.) ¡Como quieras! ¡Yo tengo ya tomada mi resolución!

BARÓN ¿Eh?

RIC. Con no poner los pies en las oficinas...

BARÓN ¿Cómo se entiende? ¿Sois incompatibles? ¿es que hay algo entre vosotros dos? ¿habéis tenido algún disgusto?

RIC. Sí, un disgustillo.

BARÓN Que después de la reconciliación os unirá con más fuertes lazos. ¿No es así?

RIC. Dejemos esto; te lo suplico.

BARÓN (Aproximándose á Ricardo.) No; á tí te pasa algo; algo grave. Dímelo.

RIC. (Batiéndose en retirada.) Nada; tonterías. (Entra Irene con el sombrero puesto y rápidamente se dirige hacia la puerta del jardín.)

## ESCENA VI

LCS MISMOS é IRENE

BARÓN ¿Piensas salir?

IRENE Sí; voy á dar una vuelta.

BARÓN (Con indiferencia.) ¿Te contraría el quedarte?

IRENE ¡Oh, no; me es igual!

BARÓN Pues quédate... y dispensa que te haga caer en falta.

IRENE ¿Caer en falta? ¿Con quién?

BARÓN Con Jorge. Acabo de encontrarle en el paseo de los Avellanos y me ha dicho que te esperaba.

IRENE ¿Sí? pues que siga esperando. (Se quita el sombrero.)

BARÓN No; mientras Ricardo y tú os reconciliáis, porque os advierto que no me gusta nada veros enfadados, yo voy á hacer compañía

á Jorge. Así no se aburrirá tanto. Tenemos que hablar seriamente él y yo.

IRENE (Inquieta y mirando á su hijo.) ¿Seriamente? Yo creía que entre Jorge y tú nada serio podía tratarse.

BARÓN Asuntos... negocios... (Coge su fusil y se lo pone en bandolera.) Conque .. adiós. (Se dirige hacia la puerta.)

IRENE (Levantándose sobresaltada.) Yo te acompañaré.

BARÓN ¿No habíamos quedado en que no salías?

IRENE Sí... pero necesito pasear. Anda, déjame que vaya contigo Te juro que Ricardo y yo no estamos enfadados.

BARÓN ¿Ves? ¿Ves que nerviosa pones á tu madre? Nerviosa y recelosa.

IRENE ¿Recelosa de qué? ¿Por qué?

BARÓN (Deja la escopeta y cogiendo á Irene y á Ricardo por la espalda los atrae hacia sí ) Vamos, ¿qué os pasa? ¿Qué tenéis? Contádmelo todo.

RIC. (Tratando de reir.) Si no es nada, papá; palabra que no es nada. Niñerías.

IRENE (También con risa forzada.) Efectivamente.

BARÓN ¿Pero es tan grande el secreto ese que no podéis decírmelo?

IRENE ¡Bah! te aseguro...

BARÓN ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué no me miras frente á frente?

IRENE ¡Yo!

BARÓN ¡Desgraciada! ¿No comprendes que estás descubierta? (Señalando á Ricardo.) ¿Que tu hijo me lo acaba de decir?

IRENE (Dando un grito.) ¿Eh?

RIC. (Al mismo tiempo que Irene.) ¿Yo... padre?

BARÓN (Interrumpiéndoles.) Sí, me lo ha dicho tu silencio. Hace días que me persigue la fatal sospecha y que vengo haciendo esfuerzos por rechazarla; ¡quería engañarme á mí mismo! «¡Una prueba, una prueba!»—me repetía una y otra vez—y vuestras miradas, vuestra actitud, vuestras evasivas... ¡me lo han revelado todo! ¿Conque es verdad? ¿Conque permitías que tu propio hijo, conocedor del terrible secreto, se viera obligado por mí á seguir estrechando la mano... ¡Qué horror!

¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia!... ¿Y el otro? ¡Ah! (Quiere salir.)

RIC. (Deteniéndole.) ¡Padre!

BARÓN Déjame; sé dónde está. ¡Quiero sorprenderle! ¡Quiero matarle!

IRENE ¡No! ¡No saldrás! Aquí no hay más que un culpable; yo. ¡Mátame si quieres!

BARÓN ¡No se trata de tu vida, sino de mi honra!

RIC. Que es la mía también; déjame á mí; tú estás muy alto y no debes rebajarte... ¡Yo te vengaré!

BARÓN No... ¡No cedo á nadie el derecho y la satisfacción que me asisten de aplastar á ese canalla!

IRENE ¿Y yo?... ¿No soy yo quien te ha ofendido? ¿Por qué no descargas tu cólera sobre mí? ¿Por qué no tienes un insulto, un grito, una amenaza para la esposa infiel?

BARÓN ¡Oh!

IRENE ¿A qué fingimientos ni cobardías?... ¡Si fuera el amor quien te inspirase, ya me habrías matado! ¡Pero no, no es el amor; es el odio!... es un ruín y cruel espíritu de venganza el que se ha apoderado de tí... ¡Quieres saciar tu ira arrancando la vida á un inocente! ¡A un inocente, sí! ¡porque soy yo!... ¡yo!... ¡la única que te ha hecho traición!... ¡la única que merece la muerte!

BARÓN Pretendes salvarle aun á costa de tu vida, ¿no es así?

IRENE Pretendo que seas lógico en el castigo.

BARÓN Aquí no se trata sólo de una traición de amor; aquí se trata de algo más grave y deshonroso: la presencia de tu hijo lo está demostrando. ¿Qué amor? ¡Si yo ya no siento nada por tí; si quiza no lo he sentido nunca!

IRENE Ya lo oyes, Ricardo. No me ha amado nunca; no existe la ofensa; es inútil que hablemos más.

BARÓN ¡Pero queda mi nombre, mi honor, la honra de mi casa, mis derechos de esposo... tus deberes!...

IRENE ¿Qué derechos, ni qué deberes, ni á qué emplear esas palabras, propias de un tribu-

nal? Aquí sólo se trata de pasiones, de corazones heridos y desbordados... ¡Aquí no hay más ley que la ley suprema de la vida.

BARÓN ¡Tengo derecho á la tuya!

IRENE ¡Por eso quiero dártela; mátame!

BARÓN Déjanos, Ricardo.

IRENE ¡No!... Que presencie los sufrimientos de su madre. ¡Su madre, en cambio, hubiera dado su vida por él aunque hubiese cometido los mayores crímenes de la tierra!

BARÓN Está bien... No te mataré yo; te matarán los remordimientos... Puesto que menosprecias y has pisoteado las afecciones más puras y sagradas, el honor, la familia, los hijos... ¡Vete! ¡Te arrojo de mi casa, como á una perdida y desalmada mujer! ¡Vete!... ¡Huye del mundo, de la sociedad!

IRENE ¡El mundo!... ¡Bah!

BARÓN Y ten en cuenta que al traspasar esos umbrales has dejado de existir para todos nosotros, como todos habremos muerto para tí. Vete.

IRENE Sin vacilar.

RIC. (Quiere seguirla.) ¡Oh!

BARÓN ¡Ricardo! ¡Aquí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

Una habitación, que hace las veces de comedor, de una casa-villa en El-Biar en las costas de Argel. Un gran balcón-terraza, que da sobre un jardín lleno de rosas y geranios. Las glicinas se mecen amorosas, movidas por el viento. A lo lejos se ve el mar. Decorado el comedor á la oriental está todo enjabelgado y únicamente constituye su adorno un zócalo y un friso de azulejos. Por todas partes, por todos los rincones, por el techo, guirnaldas de flores frescas, preparadas como para una recepción. Almohadones Liberty dan la nota extraña y europea. Al levantarse el telón, Irene está comiendo en una mesa de ébano sin mantel.

## ESCENA PRIMERA

IRENE, UN CRIADO y LUISA

IRENE — (Al Criado.) Siga usted sirviéndome. El señor por lo visto no viene á comer. ¿Nada dijo al marcharse?

CRIADO — Nada, señora.

IRENE — ¿A qué hora tenía que ir á buscarle el coche?

CRIADO — Como de costumbre, á las cinco, á la puerta del cuartel.

IRENE — ¿Qué coche ha llevado Juan?

CRIADO — La victoria y el tronco.

IRENE — Bien hecho; con un solo caballo se tarda más de veinticinco minutos en venir de Argel; lo mismo que el tranvía. (A Luisa, que entra.) ¡Ah, Luisa! ¿Ha puesto usted el abrigo

del señor en el coche? Ya va haciendo fresco, y sobre todo humedad.

LUISA No, señora, no le he puesto.

IRENE ¿Por qué?

LUISA Porque la última vez que lo puse me dijo el señor que un *makfarlane* no era prenda de uniforme, y que no se trataba de un soldado de alfeñique.

IRENE ¡Qué niñería! ¡Quiera Dios que no coja un enfriamiento! (Mientras come ha mirado varias veces el reloj.) Las ocho. ¿Por qué tardará tanto?

LUISA (Aproximándose á la mesa.) La señora se aburre cenando sola, ¿verdad?

IRENE Sí... pero... lo que más siento es que había hecho sorbetes de naranja que le gustan tanto, y se van á echar á perder.

LUISA La señora se equivoca Los que más le gustan al señor son los sorbetes de violeta. ¿No se acuerda la señora?

IRENE Sí... es verdad. Y ahora me alegro de que haya comido en Argel. ¡Evidentemente hay una Providencia! (El Criado que entra, llevando un plato en la mano.) ¿Qué es eso?

CRIADO Patatas... señora.

IRENE ¿De nuestra huerta? (A la doncella.) ¡Qué hermosas! (Señalando las guirnaldas que hay por toda la habitación.) A ver si no viene el señor y entonces todos estos preparativos...

LUISA Esté tranquila la señora. El señor vendrá seguramente antes de las once; porque á las once y media está citado con Miss Deacon y su mamá, para ver el eclipse. ¿No se acuerda la señora?

IRENE Sí. ¡Qué afán de visitas! ¡Estas yanquis!... ¿Qué tendrán que hacer las yanquis en El Biar?... ¿A qué vienen á Argelia? ¿Por qué no se quedan en su país? (Se oyen risas y carcajadas en el jardín.) Ahora están jugando. *Play*, como ellas dicen. ¡Muy bonito, muy original, jugar al *tennis* á las ocho de la noche! En fin, todo se lo perdono, en gracia al olor de azahar que me envían desde su jardín. ¿No le percibe usted?

LUISA Mucho; pero si he de ser franca á la señora, el azahar no llega á entusiasmarme. Creo que se le da demasiada importancia.

IRENE Sí, algunas veces. Sí... Mientras esperamos al señor, vamos á probar la luz á ver si el electricista lo ha dejado todo corriente. (La doncella aprieta un botón eléctrico; todas las guirnaldas se iluminan. Las luces están disimuladas por las flores.)

LUISA ¡Precioso, señora! ¡Qué efecto tan bonito!

IRENE Sí que es muy bonito. ¡Muy bonito!

LUISA Al jardinero le ha costado mucho trabajo encontrar tantas dalias y peonías.

IRENE ¡Ah! Oigo el coche. Ya está ahí el señor. (Irene va á la puerta y hace señas con la servilleta.) ¿Has comido ya?

JORGE (Dentro.) ¡No me hables! He tenido que convidar al imbécil del coronel. ¡Vengo echando chispas! Sí; pueden ustedes desenganchar. Sí; á las doce el caballo tordo.

## ESCENA II

IRENE y JORGE, vestido con el uniforme de cazador de Africa. Al entrar, Irene le contempla un momento. Después prorrumpe en una carcajada. Jorge frunce el ceño

IRENE Nada, ¡já, já! que no puedo acostumbrarme á verte con ese disfraz, digo, con ese uniforme. ¡Já, já, já! ¡No te enfades!

JORGE (Molesto.) ¡Irene!

IRENE Perdóname; no puedo remediarlo; yo te he soñado de otro modo.

JORGE ¿En traje de mosquetero?

IRENE Con un gran traje de seda azul pálido, cuello de *Valenciene*, sombrero con pluma... una especie de caballero de *Van-Dyk*.

JORGE ¡Muy bonito! Concluiría por ser un personaje de opereta si tratase de compaginar tus gustos con los preceptos de la ordenanza. ¡Menudo recorrido acaba de darle su coronel á tu *Van-Dyk*!

IRENE ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha dicho?

JORGE Que es ridículo é impropio de la vida militar que un simple soldado vaya al cuartel en coche.

IRENE Puede que pretenda que vayas á pie, para acostumbrarte á las marchas y á las contramarchas.

JORGE ¡Naturalmente; es un ordenancista feroz!

IRENE ¡Es un patatero!. Te aseguro que en cuanto yo vea á su prima, que se educó en mi mismo colegio...

JORGE No la dirás nada, porque tú no debes mezclarte en estas cosas. «Me consta que juega usted y que pierde», me ha dicho, retorciéndose los bigotes; «y me consta que sostiene usted íntimas relaciones con una señora, que está muy enamorada de usted.»

IRENE ¿Y á él, qué le importa? Quizás trate de obligarme militarmente á que me enamore de él... ¡Imbécil! ¡A ver! ¡Señora, dos pasos al frente! ¡Venga usted á mis brazos! ¡Marchen! ¡Ar! ¡Já, já!

JORGE ¡Loca... loca! Y añadió por último: «Cuando se lleva un apellido ilustre en los fastos del ejército...» etc., etc.

IRENE ¿Y qué le has contestado?

JORGE Que precisamente porque llevo ese apellido ilustre debo conducirme en el ejército como lo que soy.

IRENE ¿Te habrá castigado con quince días de arresto?

JORGE No; se ha limitado á sonreirse: la política me ha salvado; después le convidé á comer, y sin tomar café siquiera, me vine aquí, poco menos que volando, para ser objeto de tus burlas.

IRENE ¿Quieres no ser niño? ¿Burlarme yo de tí? ¡De mi Jorge!... ¡Tonto! ¡Tonto!

JORGE En fin, voy á cambiarme de traje... Pero me cambio porque estoy perdido de polvo, que si no... Oye; guárdame un poco de ese dulce; tiene buena cara.

IRENE ¡Dos pasos al frente! ¡Venga usted á mis brazos! ¡Marchen! ¡Ar!

JORGE ¡Loca! ¡Loca! ¡Carlos! (Llamando al criado.)

## ESCENA III

IRENE y LUISA

IRENE — (A Luisa, que entra.) El señor no se ha fijado en las flores... mejor; así será mayor el efecto. (Luisa tiene una caja grande de cartón en la mano y empieza á desatarla.) ¿Qué es esto? (Se aproxima.) ¡Ah! Los velos egipcios... ¡Por fin los han traído!

LUISA — Hay tres, para que escoja la señora. (Irene se prueba uno; tiene casi suelto su ligero peinador.)

IRENE — Ayúdeme usted. (Hablando con Jorge que está entre bastidores.) Jorge, me han traído unos velos egipcios de desposada.

JORGE — (Dentro.) Muy bien.

IRENE — ¡Ya verás qué bonitos son!... El que tengo puesto huele aún á incienso y á benjuí. Está fresquito.

LUISA — Son raros, ¿verdad?

IRENE — Sí... pero muy curiosos... prestan cierto candor...

LUISA — No se parecen á los nuestros; es decir, á los que... vamos, al que por ejemplo la señora...

IRENE — Comprendo... no continúe usted... Me quedo con éste. Devuelva usted los otros.

LUISA — Sí; es el más bonito.

IRENE — (Cubriendo con el velo por gracioso movimiento su garganta desnuda y con los ojos voluptuosamente cerrados.) No sé si es el más bonito, pero es el que me sienta mejor. (Oyéndo los pasos de Jorge que se acerca.) Ya vuelve el señorito. ¡La sorpresa! A la una, á las dos... á las tres... (Las flores se iluminan.)

## ESCENA IV

DICHAS y JORGE

IRENE — (Palmoteando.) ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué te parece?

JORGE — ¡Precioso! ¡Precioso!... ¿Quién ha inventado esto?

IRENE Yo. Hice que el electricista lo pusiera esta mañana, después de arreglar la sala de baño. Como ves, no es muy difícil. Con poner las bombillas entre las flores...

JORGE Sí, pero se necesita gusto para combinar.

IRENE ¡Bah! Como no tengo nada que hacer mientras estás de servicio... por divertirme... invento estas cosas... Bueno; y ahora come... Hace un instante has dicho que tenías apetito. ¿Qué deseas tomar?

JORGE (Aproximándose á la mesa y señalando una fruta.) Esto .. Y esto. (Besándole la mano.)

IRENE (Sirviéndole la fruta.) Toma. (Y aproximándose á él con la cabeza levantada.) ¡Y toma! (Jorge la besa en la garganta. Después de sentarse á la mesa.)

JORGE ¡Ay! ¡Gracias á Dios! ¡Qué bien está uno en su casita! ¡No lo querrás creer, Irene, pero me siento burgués y casero hasta la exageración!

IRENE ¡Qué feliz soy! ¡Qué felices son para mí estas horas! ¡Todos los días al ponerse el sol, llegas, tú, mi Jorge!.. Y á esto que nada tiene de extraordinario, he llegado á acostumbrarme de tal modo, que no podré prescindir de ello, cuando nos veamos obligados á abandonar este paraíso; la casa, la colina, los jardines, el huerto, ¡todo!

JORGE Nadie nos obligará á abandonarlo, y si tanto te gusta ..

IRENE Sí... ¡lo abandonaremos! ¡Hay fuerzas superiores á nuestra voluntad, que nos empujan siempre hacia adelante! ¡Qué no daría yo por eternizar estos minutos inefables!... Pero, ¡se van! ¡se van!... mueren; ¡se les prolonga!... ¡pero no se les sustituye! ¡Nunca volveré á ser tan feliz como lo soy ahora! Porque estoy á tu lado y he realizado todos los ensueños de mi vida... Antes, me parecía que vivía entre sombras, presa, maniatada... ¡Hoy he roto aquellas ligaduras, nada me sujeta, nada!

JORGE (Reparando su traje.) Sí; ya lo veo.

IRENE ¿No te gusta mi *toilette*?

JORGE ¡Mucho, mucho!

IRENE — Hoy respiro á mis anchas; ¡soy libre! vivo bañada en luz, saturada de perfumes.. envuelta en tibio ambiente.. Visto con amplitud, con holgura... ¡suelta; toda suelta! ¡sin trabas á mi felicidad, como esos *bouquets* que aprisionados por manos crueles se desatan de pronto... y van esparciendo por todas partes, flores, hojas, aromas y frescura!

JORGE — ¡Oh! ¡Irene mía! ¡Me atraes con fuerza irresistible, me subyugas!...

IRENE — ¡Jorge!... ¡Jorge mío!...

JORGE — ¡Chist!... ¡El criado! (Entra el criado con un libro.) ¿Qué es eso?

CRIADO — Un libro que miss Deagon, envía al señor.

JORGE — Bien; déjele usted ahí; nada; una novela, de que me habló ayer, y que me prometió prestármela. ¿Por qué te vas?

IRENE — ¿Yo? No; no me voy...

JORGE — Sí... ¿qué tienes?

IRENE — Nada...

JORGE — ¿Te molesta que esa señorita?...

IRENE — ¿Por qué?... Al contrario; nuestra vecina me parece muy simpática, muy distinguida... un poco *snob,* (1) pero en fin...

JORGE — Sí; es algo cursi... y sin embargo ella se figura... Como es prima del Presidente de los Estados Unidos...

IRENE — Yo no las habría recibido si no hubieran mostrado tanta insistencia... y es lo que me choca; que gentes que parecen tan escrupulosas como esa madre y esa hija, tengan tanto empeño en trabar amistad con nosotros, sabiendo como deben saber nuestra... nuestra situación equívoca.

JORGE — ¡Bah!... Las americanas fuera de su país, son muy tolerantes.

IRENE — Sobre todo las jóvenes cuando tratan de pescar un marido y un título... Oye... ¿por qué no te casas con ella? Es un buen partido..

JORGE — ¿De veras?... Pues mira, lo pensaré... ¡Vaya si lo pensaré! (Abrazándola.) ¿Tienes celos?

---

(1) «Snob» es «cursi» en inglés

IRENE ¿Yo? Estoy deseando que vengan esta noche...—porque van á venir, ¿sabes?—para... (Señala al cielo.)

JORGE ¡Ah, sí!... ¡Ya no me acordaba!.. Me han dado licencia en el cuartel, con motivo del eclipse.

IRENE Debe ser muy curioso... muy distraído... yo no he visto nunca ninguno... ¿Cómo son?

JORGE Ya lo verás... muy bonitos...

LUISA (Entrando por la puerta que da al jardín.) Señora, madame Ledoux acaba de llegar.

JORGE Lo siento.

IRENE ¿Por qué?

JORGE No puedo resistir á esa vieja...

IRENE ¡Pobre mujer!

JORGE No comprendo cómo te ha sido simpática, ni cómo te gusta intimar con esa mujer... tan bastota... tan...

IRENE ¡Hijo, qué quieres! Hoy por hoy, no estamos para tratarnos con princesas. La señora Ledoux es una mujer muy inteligente y muy caritativa; ha montado una fábrica de tapices orientales, para que no desaparezca esa industria puramente árabe. Ha fundado un asilo...

JORGE ¡Sí, sí! ¡Si conocieras su vida como yo la conozco!... ¡No ha dado poco que hablar la buena señora!

## ESCENA V

LOS MISMOS y SEÑORA LEDOUX

SRA. LED. (Entrando con un paquete de telas.) Le prometí á usted traerle algunas muestras de lo que se hace en mi fábrica...

JORGE Si no te molesta, voy á esperar á nuestras vecinas en el jardín.

IRENE Anda, sí; la noche es deliciosa. (Sale Jorge.)

## ESCENA VI

IRENE y SEÑORA LEDOUX

IRENE ¿Eh? ¿qué tal?... Ya ve usted cómo sube el papel Deacon.

SRA. LED. ¡No sea usted niña! No se preocupe sin fundamento.

IRENE ¿Sin fundamento? Mire usted, este es un libro que ella acaba de mandarle. A mi pobre Jorge se le iban los ojos tras de él... pero yo... naturalmente... no le he soltado. De seguro, si lo abrimos, encontraremos algo... (Abre el libro.) ¿Lo ve usted? Una página señalada, una frase subrayada... (Leyendo.) «El amor de una niña es como los primeros rayos de sol .. Sin abrasar, iluminan.» ¡Hipócrita! (Sigue hojeando el libro.) Y aquí, como por casualidad, como al descuido, su retrato... para que él lo coja... Dejémoslo: no destruyamos los nidos que empiezan á formarse. (Queda pensativa.)

SRA. LED. ¿Llora usted?

IRENE Ya pasó. ¿Sabe usted que me he fijado mucho en mi mano desde ayer? Me preocupa lo que usted me dijo. Tengo cortada la línea de la suerte.

SRA. LED. Sí, pero es muy larga.

IRENE ¡Cierto, pero la cortan tantas y tan pequeñitas!

SRA. LED. ¿De veras ha creído usted en mis brujerías? Si eran pura broma. No se quede usted con la mano así; parece que pide usted limosna...

IRENE Y es verdad; pido una limosna al destino. (Suspira. Pausa.) Diga usted: ¿es triste la vejez?

SRA. LED. (Riendo.) No es muy halagüeño para mí lo que me pregunta usted, querida Irene.

IRENE Perdóneme usted, no es eso lo que quería decir...

SRA. LED. Si no me incomodo; ¿por qué? Usted ha ve-

nido á mí, me ha buscado impulsada por la *leyenda* que me rodea. Lo que la atrae á usted hacia mí, es el presentimiento de lo que á usted pueda ocurrirle mañana. No; no la han engañado á usted. Como usted, amiga mía, he amado, he amado mucho, he querido detener el tiempo... luchar... ¡imposible! La vejez es amarga... nada la detiene ni la evita... ¡lo mata todo, todo!

IRENE ¿Hasta los recuerdos?

SRA. LED. Es lo único que respeta, y por eso es más cruel aún. El recuerdo de los días felices, no consuela nunca: desespera.

IRENE (Frunciendo las cejas con angustia.) Cállese usted. ¡Qué horror! (Pausa.) Y, sin embargo, la resignación...

SRA. LED. No existe para nosotras. (Haciendo un signo negativo con la cabeza.)

IRENE ¡Ni aun eso! (Se pasa la mano por el rostro.)

SRA. LED. Pero con usted no reza nada de cuanto hablamos. Y hasta que llegue la vejez...

IRENE ¡No! no me hago ilusiones... mi vejez se acerca. Si no es la Deacon, será otra cualquiera la que me robe el cariño de mi Jorge. El desastre tiene que venir, fatal, matemáticamente...

SRA. LED. Perdóneme usted, mi querida amiga, pero eso, hay que verlo antes; así se hubiera usted evitado muchos disgustos.

IRENE ¡No! si no me arrepiento. Mi familia, mis hijos, mi marido, la consideración y el respeto de las gentes... todo lo abandoné sin vacilar, sin dudar un solo instante, porque la vida de Jorge estaba en peligro, y con ella mi profunda pasión. Huí con él, teniendo completa convicción de la extensión de mi falta, con certidumbre absoluta de lo que había de sucederme. Se cansará de mí, me despreciará, hasta podrá martirizarme... de mis labios sólo palabras de gratitud saldrán para él, porque á su lado he sido dichosa, muy dichosa... No me asiste derecho alguno para quejarme... Al salir de mi casa, tenía perfecta idea de mi suicidio.

SRA. LED. Pero usted no ha llegado aun á esa situación; ya hace más de dos años que viven ustedes juntos, y para romper después de dos años, hay que luchar con muchas cosas; con ciertos sentimientos, con la costumbre, con los hábitos... y, sobre todo, una mujer hábil, inteligente y bella como usted, siempre tiene recursos...

IRENE ¡Nunca!... ¿Luchar desesperadamente para que no me abandone? ¿Mendigar las sobras de una felicidad que ya no podría llamarse así? ¡No! ¡Tengo cuarenta años! ¿Qué mayor argumento en contra mía? ¿A qué luchar con un enemigo, implacable, ¡inexorable!... el tiempo? ¿Cómo ocultar mis primeras arrugas? ¡No!... nada de disfraces. Los recursos de tocador deben quedar para las meretrices; ¡yo no lo soy!... ¡seré una loca!... ¡una ciega, una apasionada; pero no soy, no quiero ser una mujer despreciable!...

SRA. LED. ¡Vamos, Irene, amiga mía!

IRENE ¡Qué existencia, cielo santo!... ¡La rabia sorda, el mal humor apenas contenido, la mirada furtiva, el recelo constante! ¡Mi amor! ¡mi gran amor convertido en toda suerte de bajos sentimientos! .. ¡Nunca! prefiero huir... partir... sin que él lo advierta, sin riñas, sin gritos, sin mutuas reconvenciones; quiero que conserve de mí un grato y dulce recuerdo; que mi memoria traiga siempre á la suya, efluvios de felicidad... quiero, en fin, ¡que me sobreviva, por lo menos, el cadáver de mi amor!

SRA. LED. ¿Lo que quiere decir?...

IRENE Que el mejor día abandono esta casa, sin escenas, sin frases de ningún género... callandito, muy callandito, como una sombra que se desvanece.

SRA. LED. ¡Hermoso proyecto! muy hermoso, pero irrealizable.

IRENE ¿Por qué?

SRA. LED. Siempre queda la esperanza...

IRENE ¿De apelar á las súplicas? Ya le he dicho á usted que mi amor no puede, no quiere vi-

vir de la caridad. Cuando me convenza de que ha llegado el momento de partir... partiré; estoy preparada. ¿Se asombra usted?

SRA. LED. Sí; ¿á qué negarlo? me asombro.

IRENE (Se dirige hacia un «secretaire», lo abre con una llavecita y saca una carta.) Mire usted.

SRA. LED. Al señor Jorge de Chambry.

IRENE Es mi carta de despedida; la he escrito cuando aún podía escribirla; así se reflejará en ella, el corazón que tanto le ha amado.

SRA. LED. ¡Me asombra su sangre fría, querida Irene! No dudo que esa es la determinación mejor para romper, pero también la más imprudente. A veces las reconciliaciones son sinceras... y marcharse cuando aún se puede evitar...

IRENE Las arrugas son inevitables.

SRA. LED. Pero robarse diez ó doce años de felicidad...

IRENE Cuando yo tome la determinación de irme, estaré muy segura de lo que haga. Crea usted que la retrasaré todo el tiempo posible... ¡pero cuando llegue!... ¡cuando llegue!... (Sonriendo.) Como cantan sus asiladas de usted... «¡Ya te vas golondrina, ya te vas!»

SRA. LED. ¡Ah, sí! «Ya te vas.»

IRENE Con la diferencia de que la pobre golondridrina se irá sola, completamente sola, y no la echarán de aquí ni el frío ni el rigor del invierno...

SRA. LED. ¿Quién entonces la obligará á partir?

IRENE (Señalando á la puerta en donde aparece Miss Deacón.) ¡La primavera!...

## ESCENA VII

LAS MISMAS. MISS DEACON. JORGE

MISS Buenas tardes, señora... Vengo sólo un instante...

IRENE ¿Cómo así?

MISS Por acompañar á su esposo de usted y me marcho...

IRENE (Bajo á la señora Ledoux.) ¡A mi esposo! ¡Qué inocente!

MISS (Es una muchacha de veinte años, pálida y bonita y con la finura de líneas de un galgo.) Vengo en nombre de mamá, á invitar á usted, para ver el eclipse; desde la terraza de casa se apreciará mejor, y además, mamá tendrá sumo gusto en presentar á usted una señora, que ha llevado á cabo una de las obras caritativas más grandes de Londres. «Las damas extraviadas.»

JORGE Supuse que te agradaría la invitación...

IRENE ¡Oh! no tengo gran curiosidad. Desde aquí le veré. Lo que siento es que no podrán ustedes admirar esta iluminación que he mandado instalar para hacer competencia á la luna. (Enciende las luces.)

MISS ¡Qué preciosidad! Se lo diré á Miss Pink, para que aproveche la idea en la comida de gala que se dará en la embajada. Es un precioso complemento de este *chalet* encantador.

IRENE Sin embargo, el de ustedes, es más encantador aún.

MISS A creer al señor de Chambry... Le ha dicho tales cosas á mamá, ponderándole nuestra casa... ¡Que si el ramaje es más tupido, que si es más dulce el murmullo de la fuente y el cantar de los pájaros! Felizmente no hemos creído una palabra de cuanto ha dicho... porque estos *parisienses* son tan exagerados...

IRENE En Argel suelen ser muy siceros; hace un instante le decía yo lo propio, ¿no es verdad?

IRENE (Dirigiéndose á la derecha con la señora Ledoux.) ¿Quiere usted enseñarme otra vez esos tapices, señora Ledoux?

JORGE (Bajo á Miss Deacon que tiene una rosa en la boca.) ¿Para quién es esa rosa?

MISS Para usted... si la coge.

JORGE ¿Que la coja?... ahora mismo.

MISS No... que la coja usted de donde yo quiero que la coja. (Va á colocarse detrás de Irene que tiene sobre sus rodillas las muestras.) ¡Qué bonitas son esas combinaciones rojas, azules... verdes...

IRENE ¿Verdad?... (Miss Deacon deja caer la rosa en el re-

gazo de Irene. Jorge duda antes de cogerla. La rosa queda un segundo en las rodillas de Irene.)

JORGE Con permiso... (La coge por fin y se adorna con ella el ojal.)

MISS (Con viveza.) No me parece que al señor Chambry le interesen gran cosa estos trabajos artísticos... Fíjese usted, fíjese usted qué bonitos dibujos...

JORGE Ya los he visto...

IRENE (Pálida, casi lívida, enseñándole los paños.) Sí, pero no lo bastante. (Se levanta de pronto y se dirige á la ventana con la señora Ledoux.) Venga usted, señora Ledoux, voy á explicarle á usted el espectáculo de esta noche. Conste, que yo no sé más que lo que he leído en los periódicos. Mire usted, la luna, va á describir un círculo desde allí, hasta aquella estrellita tan pequeña.

SRA. LED. ¿Aquella que apenas se ve? (Las dos están de espaldas á Jorge y á Miss Deacon.)

IRENE (Bajo á la señora Ledoux sin volverse.) ¿No admira usted la tranquilidad que se refleja en mi cara?... Así estará siempre; lo juro por ese cielo tan hermoso. ¿Quiere usted que le diga lo que hacen ahora?

SRA. LED. Sí. (Jorge y Miss Deacon empiezan á hacerse monadas.)

IRENE (Sin volverse y señalando con el dedo al cielo.) Pues finja usted que le interesa mucho la luna y su eclipse. Se miran largamente, se hablan con los ojos, se cogen las manos, temerosos, con miedo, con el delicioso miedo que yo les inspiro. Hacen lo que hacíamos Jorge y yo. Ahora les toca á ellos, les ha llegado su turno... Ahora es de mí de quien se ocultan. (Jorge y Miss Deacon se han aproximado el uno al otro y se han cogido las manos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Siento que mis piernas flaquean y que un peso enorme me ahoga... me ahoga... Ahora voy á volverme lentamente... para darles tiempo de que se preparen, sin que en mi cara lean nada. Con la sonrisa más inocente y la indiferencia más completa. Fíjese usted. (Se vuelve con mucha lentitud y como hablando

con la señora Ledoux, de modo que Jorge y la americana se puedan separar.)

IRENE (Sonriendo cariñosamente á Miss Deacon.) ¡No se cambie usted el traje esta noche! Juega divinamente con el color de sus cabellos. (Con la misma sonrisa y dirigiéndose á la señora de Ledoux, dice.) Ya ve usted cómo había acertado.

MISS Es usted muy amable, señora.

IRENE ¡Qué delicado! ¡Qué efecto más poético causaba el sonido de su banjo ayer por la noche.

MISS ¿De veras les gusta á ustedes mi banjo? Lo toco únicamente para divertirme. Soy más entusiasta del violín.

JORGE También nos gusta el violín. ¿Verdad, Irene?

MISS Solo toco con él esas romanzas inglesas; tan tristonas. ¡No tienen frescura!

IRENE A mí me agrada más la música italiana de Tosti...

MISS A mí no; y eso que la que cantaba ayer, era de las menos feas. (Empieza á canturrear.) *Era que l'ora che volgue.*

IRENE ¡Sí, esa!...

MISS Pero tampoco tiene frescura.

IRENE (Bajo á la señora Ledoux.) ¿Qué quiere decir? ¿Es una alusión?

MISS Oigo á mi madre que me llama... Con permiso; hasta ahora. (Se despide. Apretones de manos, etc., etc. Jorge la acompaña hasta la puerta; en el dintel se para y dice:) Jorge, *dearest...*

JORGE (En voz baja.) ¿Qué?

MISS Dentro de poco haré música para usted. Fíjese usted en si toco el violín ó el banjo. Si toco el violín será que le amo, y que no pienso más que en usted.

## ESCENA VIII

IRENE, SEÑORA LEDOUX, JORGE

IRENE (A la señora Ledoux.) ¡Qué simpática es! ¿verdad?... y qué tranquila para el amor. ¡Feliz primavera!

JORGE — Me estoy cayendo de sueño. He tenido instrucción de reclutas y me han cansado de una manera atroz. Me parece que no veré el eclipse. Tengo que estar en el cuartel á las doce, si no quiero ganarme otro recorrido.

IRENE — Pues échate ahí un poco. Reposa.

SRA. LED. — ¡Ea! Con permiso de ustedes... (A Irene.) No se moleste usted... Hasta mañana.

IRENE — Sí; hasta mañana... si Dios quiere.

SRA. LED. — Todavía espero convencerla á usted.

IRENE — Pues dese usted prisa.

SRA. LED. — ¡Por Dios!

IRENE — Hasta mañana, amiga mía. (Vase la señora Ledoux.)

## ESCENA IX

IRENE y JORGE

IRENE — (Aproximándose lentamente al diván en donde Jorge se ha echado.) ¿Duermes? ¿Estás muy cansado?... Duerme... Duerme un poco.

JORGE — Esta vida de cuartel es imposible. ¡Y el tal capitán que nos obliga á levantarnos á las cinco de la mañana! ¡Es intolerable! Voy á quejarme al coronel...

IRENE — ¡Bueno, calla!... Aún puedes dormir una hora... Yo leeré mientras tanto, ¿quieres? ¡Anda, duérmete!

JORGE — ¡Qué calor hace!... ¡Vaya un mes de Agosto que nos espera!...

IRENE — (Contando melancólicamente con los dedos.) Mayo... Junio... Julio...

JORGE — Lo que es el invierno próximo...

IRENE — Sí; iremos donde quieras. ¡Pero ahora duerme, Jorge mío... duerme!... no hace mucho calor... corre un poquito de brisa. ¡Ya murió otro de nuestros hermosos y monótonos días! Duerme. ¿Estás bien así? no se oye nada; ¡qué dulce silencio... y allá en el mar, se ve la luz de un *pailebot* que vuelve, que vuelve!

JORGE — (Con los ojos cerrados y la voz ya velada.) Hay otros que se van.

IRENE ¡Sí, cierto; se van!... (Permanecen así un gran rato. Jorge echado sobre el diván... ella á su lado y con la boca pegada á su frente. Poco á poco se va oyendo su respiración cada vez más fuerte, pero más sosegada. De pronto se oye un violín.) ¡Oh! ¡Y es por él... por él.. y se ha dormido! Su cansancio de veinte años, ha podido más que su impaciencia. (Le contempla sonriendo tristemente. El duerme tranquilamente con la boca entreabierta. El violín de Miss Deacon sigue oyéndose en el fondo del jardín detrás de los naranjos. Un nocturno de Chopín todo poesía y pasión. Aparece la luna. Las estrellas brillan y entonces Irene lentamente y sin hacer ruido alguno se levanta. Se coloca bajo la luz de una lámpara, y del libro donde la había guardado saca la carta que le enseñó á la señora Ledoux. La saca del sobre y llora.)

IRENE (Leyendo.) «Adiós, Jorge mío, sé dichoso; te escribo esta carta cuando aún tengo fuerzas para ello. ¡Adiós, alma mía, amor mío!... ¡Le felicidad te acompañe toda la vida, como yo hubiera querido acompañarte! Pero ya ves, debo irme. ¡Unicamente te pido, alma de mi alma, que cuando haya partido!... ¡cuando te acuerdes de Colibrí!... (Y continua leyendo en tanto él duerme y el violín toca... toca en el silencio, detrás de los naranjos su aire apasionado y poético.)

FIN DEL ACTO TERCERO



# ACTO CUARTO

Una sala coquetona y burguesa

## ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, RICARDO y LUIS SOUBRIAN, toman café después de almorzar. Una NODRIZA con un «bebé» en los brazos envuelto entre encajes y sedas

LUIS (Levantando las ropitas del «bebé».) ¡Vaya un chiquillo hermoso! Yo también cuando nací, dicen que era una preciosidad. Después, con los años, he perdido mucho. ¿Dice ya papá y mamá?

MAG. ¡A los dos meses!

LUIS Señora, soy tan lego en la materia... ¿Y están ustedes seguros de que es un niño? A mí me parece una niña. Yo en lugar de ustedes, me cercioraría. Bueno, y ahora á la cunita, porque quiero tomar el café con tranquilidad.

MAG. Dios le va á castigar á usted; va usted á tener muchos hijos...

LUIS ¡Por Dios, señora, no me lo diga usted!

RIC. ¡Y poco que te gustan! (A la Nodriza.) Ama, no salga usted hasta las tres, que acompañará á la señora y al niño á casa del mé-

dico. Hay que consultarle eso de la leche esterilizada.

LUIS ¿Tratas de esterilizar á la Nodriza? (La Nodriza se va.)

RIC. Es el médico el que trata de ensayar un régimen basado en el biberón y el pecho, alternando.

LUIS ¡Hombre, eso es vejatorio para el ama de cría!

RIC. Bueno; ¡hablemos de algo más serio! Voy á escribir la carta de que hablábamos ayer. Te vas á una agencia dándote á conocer como hijo del director de *El Gran Radical.*

LUIS Nada, no producirá ningún efecto. A la prensa no la temen más que los periodistas.

RIC. Ya te convencerás. Lo que te ruego es que vengas á darme la contestación. Te aguardaré hasta las tres; espero á mi padre.

MAG. ¿Va á venir?

RIC. Sí.

LUIS ¿Vais juntos al despacho?

RIC. No. Tenemos que ir á la Agencia Internacional.

LUIS De algún tiempo á esta parte encuentro muy cambiado á tu padre.

RIC. Más viejo...

LUIS No; menos alegre, menos decidor; más sombrío...

RIC. Los disgustos de estos últimos años han influído mucho en él. La vida que hace ahora, como comprenderás, no tiene nada de agradable. El hotel de la avenida Friedland es demasiado grande para él solo; apenas si recibe á algún amigo, y además, mi matrimonio ha contribuído á aislarle por completo.

LUIS ¿Por qué no se divorcia y vuelve á casarse?

RIC. Porque es un hombre chapado á la antigua y no transige con el divorcio. Oye, Magdalena; ¿que te parece si le invitáramos á comer el domingo?

MAG ¡Con mucho gusto!

RIC. Voy á escribir la carta. (Escribe en un pequeño «bureau» á la derecha.)

MAG. (A Luis.) Ha hecho usted mal en hablar á Ricardo del escándalo que dió su madre. Se disgusta mucho.

LUIS ¡Lo comprendo!

MAG. ¡Quiere tanto á su padre!

LUIS ¿Y entre ustedes, no habla nunca de ello?

MAG. Lo menos posible. Me propuse desde que nos casamos no volver á hablarle de ese asunto.

LUIS ¿Y de veras quisieron ustedes por ese motivo romper sus relaciones?

MAG. Y estuvimos pensándolo mi madre y yo más de un mes. ¿Sabe usted el escándalo que se armó? Era muy violento y comprometido entrar en una familia que contaba con celebridades de tal género. Todavía, todavía está dando que hablar. Por mi parte ya he tomado mi determinación; aunque venga, y por muy arrepentida que se nos presente, no tendremos con ella relación de ninguna clase; no nos envolverá en sus escándalos. Felizmente, Ricardo coincide conmigo en este modo de pensar. Ya sabe usted lo orgulloso que es y guarda un profundo rencor á su madre por las frases que le dirigió el día que huyó de la casa. Creo que fué en el campo, ¡y le dijo una de cosas la tal señora!... «¡Que sentía no haber hecho lo que los chinos, que matan á los hijos cuando nacen!» ¡Y qué sé yo cuántas barbaridades más!

LUIS Y sigue en Argel con el otro, ¿verdad?... ¡Con su carácter y sus gustos será popularísima en el cuartel!

MAG. Creo que llevan una vida inconcebible; que tiran el dinero á espuertas. Que tienen hasta esclavos. Que se viste de reina etiope... y que tiene un baño de plata maciza.

LUIS ¡Já, já! ¿de veras?

MAG. Como se lo digo á usted. No sabe usted lo que es esa mujer... Acabará en un hospital ó en cualquier otro sitio peor. El otro día hablé con una inglesa que ha pasado unos días en casa de unos vecinos suyos... ¡y me

contó unas cosas!... Que se pasea por el jardín casi desnuda. Que viste á su Chambry con unos trajes ridículos y extravagantes. (Ricardo se levanta.)

MAG. (Hablemos de otra cosa.) (Alto.) ¿Y su amigo de usted el señor Liguieres?

LUIS ¡Muy bien, muchas gracias!

RIC. Ya está. ¿La cierro?

LUIS Como quieras.

RIC. ¿Hablábais de Liguieres?... Cuéntame, cuéntame qué se ha hecho de mis antiguos amigos. Hace mucho que no los he vuelto á ver.

LUIS ¡Hijo, los años no pasan en balde! Chaulin tiene una hermosa barba negra y un empleo mucho más hermoso aún en una fábrica de automóviles, y Liguieres... ¿Te acuerdas de un día?...—Hace ya dos años; ¡cómo pasa el tiempo!—¿que en tu casa de la avenida Friedlan, nos habló de una viudita? Pues bien, acabó aquello, porque la viudita se escapó con un auxiliar del Colegio Condorset. ¡Pobre Liguieres!... (La Doncella entra y entrega una tarjeta á Ricardo. Este mira la tajeta un momento sin decir una palabra.)

## ESCENA II

LOS MISMOS y la DONCELLA

RIC. (A la Doncella.) ¿Esta... señora está en la antesala?

DONC. Sí señor.

RIC. Espere usted... ¡Magdalena!... ¡Oye! (Magdalena se aproxima. Ricardo le enseña la tarjeta.)

RIC. ¡Mira!

MAG. (Glacial.) ¡Ya!.. (Pausa.) ¿Qué piensas hacer?

RIC. ¡Como comprenderás... no puedo!...

MAG. ¡Está bien!... ¡está bien!... Haz lo que quieras... acuérdate únicamente...

RIC. Que está ahí. Habla bajo.

MAG. Si ahora opinas de otro modo, mañana mismo me iré á casa de mi madre.

RIC. ¡Magdalena, por Dios!

MAG. No tengo que añadir una palabra más á lo dicho. Me voy á mi cuarto.

RIC. Sí, estamos conformes, sí; pero hablemos, discutamos.

MAG. La doncella espera.

DONC. ¿A dónde la paso, señora?

RIC. Espere usted.

LUIS Bueno; yo me voy á echar esta carta y vuelvo. Hasta ahora.

RIC. No, no salgas por ahí; no quiero que te cruces en el recibimiento con esa señora. Que pase á mi cuarto, Francisca.

MAG. ¿A tu cuarto, por qué? Que entre aquí. Esas puertas están abiertas, para que todo el mundo entre por ellas.

RIC. ¡Oh, Magdalena!

MAG. (Dirigiéndose á Luis.) Señor Soubrian, si fuera usted tan amable... Tengo que hablar con ted antes de que se marche.

LUIS A sus órdenes, señora. (Le estrecha la mano á Ricardo.)

MAG. (A Luis, en la puerta.) Pase usted.

RIC. Magdalena...

MAG. Nada tengo que oir... ni nada que decir. Todo cuanto trates de decirme para convencerme será inútil. (Sale por la izquierda con Luis, Ricardo queda solo.)

## ESCENA III

RICARDO, IRENE y la DONCELLA

(La puerta se abre; la Doncella introduce á Irene, que se queda de pie, turbada y triste.)

RIC. Siéntate, mamá. (Se sienta.) ¿Estás de paso en París?

IRENE Sí, de paso. (Pausa larga.) Agradecí mucho tu carta, en la que me anunciabas el nacimiento de tu hijo...

RIC. ¡Era natural que así lo hiciera!...

IRENE ¡Ya, ya! (Pausa.) Estás.... (Corrigiéndose.) ¡Estais muy bien instalados!

RIC. ¡Bah!

IRENE (Después de dudar largo rato.) ¿Y... Pablo?

RIC. Muy bien; ya te escribí que había ingresado en la Escuela Politécnica...

IRENE ¡Ah, sí es verdad! Ahora me acuerdo. ¿Entonces vivirá en la Escuela?

RIC. ¡Naturalmente!

IRENE ¿Podría verle?... Yo creo que me dejarán entrar como á todo el mundo.

RIC. Todos los días, á las seis, puedes visitarle.

IRENE ¡No diré que soy su madre!

RIC. ¿Por qué no?

IRENE ¡Quién sabe! ¡Quizá... quizá se. ofendiera! (Una pausa larga, muy larga.) Y tu mujer, ¿cómo está? ¿Ha sufrido mucho?

RIC. Ya está mejor. Volvimos á París hace poco; hemos pasado una larga temporada en Italia.

IRENE ¿Partísteis en seguida que os casásteis?

RIC. El mismo día.

IRENE ¿Y en qué iglesia se celebró la boda?

RIC. En San Luis d'Antin.

IRENE ¿Por qué no en San Agustín?

RIC. (Molesto.) No invitamos á mucha gente. Además, me pareció que la parroquia de mi mujer...

IRENE ¡Es natural... sí! (Baja la cabeza, y después de hacer un esfuerzo mayor aun, pregunta) ¿Y Raúl?

RIC. Muy hermoso, muy fuerte, y eso que á los dos meses... (Con viveza.) Ahora estará paseando con su nodriza en el Parque Monceau.

IRENE (Contrariada.) ¡Ah!

RIC. Te encuentro muy buena, mamá.

IRENE (Con amarga sonrisa.) ¿Sí?

## ESCENA IV

LOS MISMOS y la NODRIZA

NOD. (Entrando precipitadamente.) Perdón, señor; vengo á buscar el abrigo de bebé que me había dejado aquí.

RIC. Sí, cójalo, cójalo. ¿Pero no ha salido usted todavía?

NOD. Como me dijo el señor que esperase hasta las tres para salir con la señora...

RIC. (Interrumpiéndola secamente.) Está bien. Ya no me acordaba. Váyase usted. (La Nodriza se va.)

## ESCENA V

RICARDO é IRENE

RIC. (Turbado.) Creí... que...

IRENE (Con los ojos llenos de lágrimas y sonriendo.) ¡No importa, no importa!... ¡Qué bonita vista disfrutais desde aquí! (Vuelve la cabeza.)

RIC. Sí; se ve el Parque Monceau. (Irene llora, ocultando la cara en el pañuelo.—Dirigiéndose hacia ella emocionado.) ¡Mamá!

IRENE (Deteniéndole con un gesto.) ¡No es nada!... Déjame llorar, te lo suplico. La emoción del primer momento. (Se vuelve á sentar. Pausa.)

RIC. ¿Cuándo has llegado á París?

IRENE Anoche.

RIC. (Con intención.) ¿Sola?

IRENE Sí.

RIC. ¿Volverás á Argel?

IRENE No.

RIC. ¿Entonces, el señor de...?

IRENE He roto para siempre.

RIC. ¡Ah!

IRENE ¡Aquello acabó! (Llora. Pausa.)

RIC. ¿Quieres ver á mi padre? Precisamente ahora está en París y si lo deseas...

IRENE No me hables de tu padre. No me has comprendido, Ricardo. He venido á verte á tí solamente y no deseo ver á nadie más. Mañana iré á ver á Pablo á la Escuela Politécnica y cuanto antes saldré de París...

RIC. ¿Dónde piensas pasar el invierno?

IRENE (Sonriendo tristemente.) ¡Pasar el invierno!... ¡Quién sabe!... En cualquier punto. Si encuentro una pensión de familia de seis ó siete francos diarios... allí... en el Canef, por ejemplo.

RIC. ¿Así estás?

IRENE (Con tranquila indiferencia.) Así estoy. Aporté al matrimonio doscientos mil francos, en calidad de dote. Sólo me restan veinticinco mil y esos los voy á invertir en viajar.

RIC. ¿Pero y yo? ¡Mi obligación es ayudarte!...

IRENE (Con la misma firmeza indiferente.) Tampoco me has entendido ahora. No vengo á pedirte una limosna.

RIC. Lo sé. Te conozco lo bastante para no suponer... (Irene rompe á llorar.) ¡Pobre mamá!...

IRENE No puedo remediarlo; sé lo que pensarás en este momento. ¡La escena de lágrimas, la obligada escena de lágrimas! He debido ser más fuerte; tienes razón.

RIC. ¡Por Dios, mamá!

IRENE Quiero hablarte con sinceridad. He roto con Jorge, sí; y es cierto también que no quiero oir hablar de tu padre, pero... he mentido al asegurarte que me iría. ¡No; no me voy, no quiero irme!... Es decir, si tu... Ya sé que debo sacrificar todo mi orgullo y humillarme ante aquellos á quienes desprecié... Sé que vengo á traer la perturbación y la intranquilidad á esta casa... pero...

RIC. (Con frialdad, como mera fórmula.) No; ¿por qué?

IRENE ¡Oh! No pido mucho, procuraré no molestaros. Unicamente quiero vivir cerca de vosotros; con vosotros, no: ya lo sé; pero cerca. Lo bastante para poder besar á menudo á tu hijo, á tu hijo, á quien no has querido dejarme ver.

RIC. Te aseguro, que ha sido una mala interpretación de la nodriza.

IRENE No ignoro que tu mujer ha puesto como condición para su boda, el no oir pronunciar ni siquiera mi nombre, y en efecto, nadie habla de mí en esta casa. Soy una mujer de mala vida, arrojada de la sociedad. (Con voz sombría.) Pero no temas, no os envolveré en mi deshonra; yo me ocultaré, te lo juro. No tendréis que avergonzaros de mí. Sólo deseo un rincón en donde pueda abrazar todos los días á tu hijo, á mi nieto.

RIC. Bien; yo procuraré que Magdalena... ¡Pero así... de pronto! En sólo un día...

IRENE (Con decisión.) Y aunque Magdalena se oponga, aunque tú, mi hijo, no me perdones, aunque pretendáis arrojarme de aquí... ¡no me iré, no... me quedo! ¿Dónde queréis que vaya? ¿qué sería de mí? ¡La vejez, el deshonor, la miseria, me cercarían por todas partes!... Y yo aún tengo necesidad de cariño; ¡aún quedan dentro de mi corazón raudales de ternura! ¿Qué será de mí si me rechazas? ¿Qué recurso me quedaría entonces? ¡Matarme!... ¡Matarme, sí! Mil veces lo he pensado... pero...

RIC. ¡Oh!

IRENE ¡No temas! ¡soy una cobarde! ¡me falta el valor!... ¡Felicidad! ¡belleza! ¡juventud! ¡todo se va!... pero la vida queda, ¡y la vida es muy larga! ¡muy larga!... ¡y hasta los seres más infortunados... se aferran á ella! No podéis meterme en un asilo; sí... ya lo sé; no por mí, ¡por decoro vuestro! pero concededme un rincón, un triste rincón, donde pueda vivir oculta y olvidada; el tiempo se encargará de lo demás... ¡Yo te juro que moriré con resignación, sin un solo grito, sin un reproche, sin exhalar una sola queja!

RIC. (En el colmo de la emoción.) ¡Oh, madre! (Abrazándola.)

IRENE ¡Ricardo!... ¡Ricardo! ¡Qué felicidad! ¡Pensar que tus brazos me sostienen en estos momentos! ¡Los brazos de un hijo son el último, el más hermoso refugio de una madre!... (Quedan abrazados. Pausa.)

RIC. Voy á llamar á Magdalena.

IRENE ¡No! ¡delante de mí, no!

RIC. Entra en mi despacho, dices bien; prefiero hablarla á solas. Por mi parte, te juro que si un día procuré olvidarme hasta de tu nombre. . hoy no queda en mi alma la más leve sombra de desamor hacia tí. Mi padre piensa de diverso modo; respeto sus opiniones; pero nada han de influir en las mías... Y ahora... nadie nos oye... no trato de hu-

millarte... Confiesa que tu arrepentimiento es sincero...

IRENE ¡Oh!

RIC. ¡Que la familia es lo más sagrado que existe en el mundo!

IRENE ¡Sí!

RIC. Que cuantos insultos nos dirigiste el día que abandonaste nuestra casa... fueron hijos tan sólo de tu ciega pasión. ¿Te acuerdas?

IRENE ¡De todo!

RIC. ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto has debido sufrir!...

IRENE ¡Mucho!

RIC. ¡Cuando la venda haya ido cayendo poco á poco de tus ojos!

IRENE ¡Sí!

RIC. ¡Cómo te compadezco! ¡Cuántas lágrimas habrás vertido! ¡Qué horror! ¡qué asco debes hoy sentir por aquel hombre!

IRENE ¡Sí! ¡mucho! ¡mucho!

RIC. ¡Qué puro! ¡qué santo debe parecerte hoy este hogar! ¡y qué firme debe ser tu convencimiento de que esta es la única verdad de la vida!... Gracias; perdóname, pero necesitaba oir de tus propios labios esta confesión... ¡Me proporcionas con ella tanta alegría! ¡un consuelo tan grande!... ¡Anda! entra en mi despacho... voy á llamar á Magdalena.

IRENE ¿Me perdonará?

RIC. ¿Y qué te importa si ya te he perdonado yo?

IRENE ¡Hijo de mi alma! (Vase.)

## ESCENA VI

RICARDO y MAGDALENA

RIC. (Queda un momento solo y después se dirige á la puerta del foro y llama.) ¡Magdalena! (Magdalena entra y Ricardo la dice.) Escucha; no protestes, no discutas sobre lo que voy á decirte. Apelo á tu corazón...

MAG. ¿De qué se trata?

RIC. Mamá ha roto sus relaciones con Chambry; se han separado.

MAG. Y quiere vivir con nosotros, ¿no es así? ¡nunca!

RIC. ¡Magdalena!...

MAG. Jamás. Mi madre y yo, previendo lo que iba á suceder, impusimos las condiciones que conoces, para no romper nuestra boda. ¿Las has olvidado ya?

RIC. No; ¡pero las circunstancias no son las mismas; han cambiado mucho! Además, no quiere vivir con nosotros. Unicamente una habitación cerca...

MAG. Sí, y que la recibamos todos los días, y que la invitemos á nuestras *soirees*... ¡Nunca! ¡nunca!... Ya es bastante enojoso el tener una suegra que se ha fugado con un hombre, y que dió el escándalo que dió. ¡No faltaba más sino que quisiera entrar aquí con su amante y que presentásemos la feliz pareja á nuestros amigos!

RIC. ¡Te prohibo hablar de ese modo! ¡Si supieras lo que sufre; si la vieras, te inspiraría lástima! Además, nosotros no podemos impedir que vea á nuestro hijo...

MAG. Y eso es lo que más siento precisamente. Ya sé que no podemos, ya lo sé... y como no podemos evitar que abrace á Raul, se introducirá aquí, y poco á poco permanecerá el mayor tiempo posible, le acompañará, almorzará con él, querrá reanudar sus antiguas amistades, intimar con las nuestras, y querrá, en fin, gozar de las consideraciones de que antes gozaba. ¡Pues bien; no, no y no! que no se haga ilusiones; ¡es una mujer perdida y ya no puede rehabilitarse!

RIC. ¡Magdalena! Ya te he dicho que solo aspira...

MAG. Además, nuestra casa, tan considerada hoy, iría perdiendo la estimación de las gentes. ¡Pues tendría que ver! «Presento á ustedes á mi suegra, de vuelta de Argel.» ¡Muy bonito!...

RIC. ¡Repito que vendrá cuando no haya nadie!

MAG. ¡Qué inocente eres!... ¿Quién te asegura que no seguirá viviendo con su Jorge?

RIC. ¡Magdalena!

MAG. Su conducta anterior nos da derecho á sospecharlo todo. ¿Sabes lo que entraría en casa si volviese tu madre? ¡Pues entraría la deshonra!

RIC. ¡Por Dios, Magdalena, no seas cruel, ni emplees esas frases, que aunque justificadas, no puedo, no debo consentirlas!

MAG. De tí las aprendí. Antes...

RIC. Dejemos lo pasado, hablemos de hoy... ¿Por qué te muestras intransigente? ¿Por qué te empeñas en aparecer á mis ojos inflexible y enérgica, siendo así que tus sentimientos están en contradicción con tus palabras? Un arranque: ¡decídete! puesto que has de concluir por ser generosa, no amengues con una lucha estéril el mérito de tu noble acción.

MAG. ¿Por qué no ha ido á ver á tu padre? A su esposo... No se han divorciado... que vuelvan á unirse; ¡pero cá... no irá! Demasiado sabe que tu padre no será tan débil como nosotros.

RIC. ¿Como nosotros has dicho? «Como nosotros.» ¿Luego accedes?

MAG. No; es que se me ha escapado... Dila que...

RIC. ¡Ya ves como accedes!

MAG. ¡Dila que no la presentaré á nadie!, que no vendrá sino á las horas que yo diga, y que no piense que va á salir conmigo una sola vez, ni aun por casualidad...

RIC. Está bien; yo te prometo que nunca os verán juntas.

MAG. No solamente por las gentes que la conocen, sino porque no quiero que me vean con una persona tan mal conceptuada... ¡y á su edad... parece mentira!..

RIC. Si la vieras no la conocerías. ¡Está tan cambiada!...

MAG. ¿Cambiada?... ¿Con ese sombrero?

RIC. ¡Vamos, no luches mas, no vaciles, sigue los impulso de tu corazón! ¡Sé generosa!

MAG. ¿Dónde está?
RIC. (Señalando la puerta.) Allí.
MAG. (De repente, sin transición, se dirige á la puerta del gabincte y la abre. Con un tono seco y duro dice:) Señora, tómese la molestia de entrar. (Irene entra.) Puede usted acompañarme á ver á mi mi hijo. (Esto lo ha dicho con un aire digno y ceremonioso.)
RIC. Vé, mamá, vé.
IRENE (Con agradecimiento.) ¡Oh! ¡Gracias, gracias... Magda...
MAG. (Interponiéndola y señalando fríamente la puerta del foro.) Por aquí. (Se dirige á la puerta del foro.)
IRENE (Queda turbada, parada, interrogando dolorosamente á su hijo con los ojos. Magdalena espera en el dintel de la puerta para dejar pasar á Irene.)
MAG. Pase usted, señora. (Irene se decide, y con el pañuelo en la boca, ahogando el llanto, humilde, anonadada, pasa con Magdalena.)

## ESCENA VII

RICARDO. Después la DONCELLA

RIC. Ahora al teléfono. Central... Comunicación con el 22.500.
DONC. (Entrando.) El señor de Rysbergue.
RIC. (Hablando por teléfono.) Está bien; muchas gracias. (Rysbergue entra.) ¡Ah, padre! Precisamente estaba telefoneando para que vinieras. (Aparte á la Doncella.) Diga usted á la señora que está en el cuarto de bebé, que no entre aquí con la persona que la acompaña hasta que yo llame; y si no la llamo, que no venga hasta que yo vaya á buscarla. ¿Ha comprendido usted?
DONC. Está bien, señor. (Se va.)

## ESCENA VIII

RICARDO y RYSBERGUE

BARÓN ¿Pero qué pasa?
RIC. Está aquí...
BARÓN ¿Quién?
RIC. Mamá.
BARÓN ¡Ah!
RIC. No sé qué habrá sucedido, ni lo que ha pasado entre los dos, pero definitivamente ha roto con Chambry. Ha vuelto á París arrepentida y viene á pedirnos perdón... y asilo. Está allí, en el cuarto del niño, con Magdalena, á quien también me ha costado mucho trabajo convencer para que la reciba. ¡Sería tan hermoso que tú!...
BARÓN (Dirigiéndose á su hijo.) Respóndeme sinceramente, sin mentir, ¿me lo prometes?
RIC. ¡Sí!
BARÓN Durante la conversación que has tenido con tu madre, ha pronunciado alguna vez mi nombre?
RIC. ¡Pero!...
BARÓN ¿Ha mostrado deseos de que nos reconciliemos ella y yo? Sé franco.
RIC. La verdad... No ha dicho...
BARÓN ¿Lo ves? Ni ella lo desea, no mucho menos lo deseo yo. ¿A qué negarlo? Es preferible que no nos reconciliemos. ¡Reconciliarse!... Esta palabra supone una paz ficticia... Podríamos soportarnos. ¡Reconciliarnos... nunca! Por tí, por ella, por todos, celebro que haya vuelto á París, y que haya vuelto arrepentida. ¡Yo tendré la prudencia necesaria para no interrumpir esta nueva vida... pero, lo repito, no me pidas más, no debes pedírmelo!
RIC. Es que tú te la imaginas como antes; ¡y si vieras cómo ha cambiado en estos dos años! Ya no es aquel torbellino, aquella mujer

alocada y ciega. ¡Si la hubieras visto hace un instante, te hubiera conmovido como me ha conmovido á mí! ¡Tan triste, tan arrepentida, tan humilde!...

BARÓN Se ha acusado de todo, ¿verdad?

RIC. ¡De todo!

BARÓN Se habrá avergonzado de su falta ¿no es eso? Hasta quizá haya renegado de su Jorge... ¿Me equivoco?

RIC. ¡No!

BARÓN Ya ves como he acertado. Ahora todos los sacrificios que le impongas, los cumplirá. Por grandes que sean las bajezas, las humillaciones que la exijas, las aceptará todas con gusto, sólo porque la dejes vivir al lado de ese niño, que hoy por hoy es su única esperanza. Te habrá dicho que por tí, únicamente por tí ha venido, ¿verdad?

RIC. Eso me ha dicho.

BARÓN ¿Y tú lo has creído, pobre Ricardo? ¡Inocente! Me duele mucho arrancarte esta ilusión, pero ten la seguridad de que si tú y yo hubiéramos vivido solos en el mundo, no la hubiéramos vuelto á ver. Hoy, como ayer, como mañana y como siempre, obedece al instinto que la domina y nada más. El pasado es un río que no remonta su curso jamás. Ahora... (Señalando la puerta del cuarto del niño.) ahora le toca á él. ¡El, es el preferido, pero nosotros, Ricardo, nosotros! .. Si no hubieras tenido un hijo ¿qué serías tú para ella? ¡Ya ves cómo la bondad de tu corazón te engaña, y cómo aún te tienen que enseñar mucho la experiencia y las mujeres!...

RIC. ¿Luego tú crees que sus lágrimas, su pena?...

BARÓN ¡Quién sabe! quizá sea sincero su dolor. (Se sienta.) He reflexionado mucho durante estos dos años de soledad; las palabras que pronunció aquella tarde, acudían constantemente á mi memoria. «Mis deberes para con vosotros han terminado.» ¿Te acuerdas...? Y quizá tenía razón. Una mujer, no es un ser independiente y libre como nosotros; está sometida á leyes de la naturaleza que nin-

guna civilización ha abolido ni abolirá jamás. ¡Todos esos deberes ha llegado la sociedad á concretarlos en una base fija, la del matrimonio; pero que se cimente ese matrimonio en un error de fecha ó de tiempo, como ha sucedido con tu madre, cuyo corazón se ha abierto en el Otoño de su vida, y el edificio de paz se viene al suelo; y entonces, son los dramas, el vivir angustioso, la irreparable realidad, y entonces, hijo mío, sucede lo que nos ha sucedido á nosotros; que la paz y la alegría del hogar desaparecen para siempre y los disentimientos no se deponen sino un instante, ante la cuna del niño recién nacido que obedece á la ley santa de la renovación eterna!

RIC. ¡Qué filosofía más amarga!

BARÓN La de los años. También tú la tendrás. Ya estás algo cambiado, ya no eres el mismo que eras. Ahora bien; si me preguntas cómo profesando esta filosofía; cómo admitiendo el perdón para la esposa culpable, no tengo la suficiente superioridad ó el excesivo egoismo, para resolverme otra vez á vivir con ella, sin preguntarla nada, sin reprocharla nada!... te responderé... que me falta valor... Quizás algún día los hombres sean lo bastante fuertes, lo bastante libres, para presenciar estos fenómenos con ánimo indulgente, con conciencia justa, pero hoy por hoy ¡qué quieres!... nuestra edudación, nuestros prejuicios, nuestras viejas y adorables tradiciones, nos obligan á forjarnos en la imaginación, la figura ideal de la esposa, modelo de castidad y honradez. Es estrecho, pequeño, egoista, mezquino, mi modo de pensar, pero ¿qué le vamos á hacer? envidio á los que puedan libertarse de estas preocupaciones, y á los que arrojen con facilidad el lastre del pasado. Y ahora... quédate con tu madre.

RIC. ¿Así pues?...

BARÓN Así pues... te suplico que no me hables de esto. Hazla feliz, Ricardo; sé bueno para

ella; no puedo decirte otra cosa. Sé bueno; yo...—¿Tienes un cigarro?

RIC. Ahí están... en la mesa...

BARÓN ¿Dónde has comprado esta caja? Parecen muy buenos.

RIC En la calle Trouchet.

BARÓN Tengo que comprar otra. (Enciende el cigarro.) ¡Conque adiós; me voy á la Agencia Internacional!...

RIC. Te acompañaré.

BARÓN Bueno. ¿Qué tienes que hacer esta noche? ¡Ay! es verdad; ya no me acordaba que no debes salir.

RIC. ¿Pero si quieres que vayamos á alguna parte?...

BARÓN ¡Pscht! Podíamos ir al Casino á jugar al billar. ¡Hace tanto tiempo que no cojo un taco! Te espero después de comer, ¿eh? Hasta luego.

RIC. (Insistiendo tímidamente.) ¿De manera, que no quieres ni verla?...

BARÓN No; no me hables de eso. Que no faltes, ¿eh? Hace un hermoso día. Iré á pie. Adiós... (Sale con el cuello levantado, el bastón en el bolsillo del gabán, el paso lento y perezoso, la espalda encorvada.)

## ESCENA IX

RICARDO, MAGDALENA é IRENE. Ricardo queda pensativo un momento y después se dirige á la puerta por donde desapareció Magdalena.

NOD. (Dentro.) Naní, naná.
El nene que tengo yo...
á la ron... ron.

(Ricardo se detiene en el dintel de la puerta. Se le ve sonreir á Magdalena é Irene. Entran las dos é Irene se abandona sobre un canapé con el pañuelo en los labios y presa de una congoja.)

RIC. ¿Qué tiene?...

MAG. La emoción...

IRENE ¡Qué feliz soy!... ¡Qué hermoso es tu hijo!

RIC. ¡Dicen que se parece á ti!

IRENE ¿De veras? (Con viveza.) No, á quien se parece es á su madre; tiene la misma cara...

MAG. Muchas gracias, señora.

IRENE ¡Señora!... Bueno, ya irá usted tomándome cariño. ¡Ha sido conmigo muy buena, Ricardo, y le estoy muy agradecida... mucho... mucho!...

RIC. Esta casa, es como la tuya. Hoy, mañana, siempre; Magdalena misma te lo va decir.

IRENE (Levantándose, sin dejar á Magdalena tiempo para responder.) No; que me permita besar su frente, y eso valdrá más que cuanto pueda decirme. (La besa.)

MAG. ¡Pues no estoy llorando yo también! (Se oye llamar á la puerta de entrada.) ¡Han llamado! En esta casa no podemos estar tranquilos dos minutos. No quiero que nos vean así; venga usted conmigo.

RIC. Será Soubrián.

MAG. De todas maneras, entremos en el cuarto de bebé. (A Irene.) Es mejor, ¿verdad?...

IRENE Sí... es mejor.

MAG. Oye, Ricardo. ¿Quieres recordar al ama que vamos á salir? Voy á mi cuarto á buscar un pañuelo y vuelvo. (Al salir deja la puerta abierta.)

RIC. (Siguiendo á Magdalena.) ¿Vienes, mamá?...

IRENE Sí; ahora voy. Voy á coger mi sombrero.

## ESCENA X

IRENE, después la DONCELLA

IRENE (Cogiendo de sobre la mesa su sombrero y contemplándolo con una larga sonrisa melancólica.) Mi último sombrero de mujer á la moda. ¡Pobre vieja! ¡Pobre vieja! (Se mira ávidamente al espejo; diríase que al arreglarse sus cabellos nerviosamente, entierra todo un pasado. Parece que los cabellos encanecen y que toda ella tal como está ahora se esterotipia por el esfuerzo de voluntad.)

DONC. (Entrando precipitadamente.) Señora, es el señor Sou...

IRENE Que pase.

DONC. (Dudando al ver una persona desconocida.) No sé si debo...

IRENE Sí... sí. ¿No me conoce usted? ¡Soy la abuela! ¡La abuelita!

FIN DE LA COMEDIA